

Gustavo Wase.

85
GUSTAVO WASA,

DRAMA ORIGINAL

EN CUATRO JORNADAS, Y EN VERSO.

SU AUTOR

DON EUSEBIO ASQUERINO.

LIBRERIA

DE

RUFINO ESTÉBAN,

calle del Caballero de Gracia, 8.

*Hay un abundante surtido de
comedias modernas, usadas, á la
mitad de su precio.*

MADRID:

BOTE, EDITOR.

IMPRENTA Y LIBRERIA, CALLE DE CARRETAS, NUM. 8.

1844.

A LA ILUSTRISIMA SEÑORA

DOÑA RITA MARTINEZ DE TORRES.



A nadie mejor que á V., querida tia, pudiera ofrecer este corto trabajo, fruto de mi escaso talento; porque estoy convencido de que V. solamente sabrá apreciarle, no por su mérito, si no por ir consignado en esta dedicatoria un testimonio del sincero cariño que la profesa su sobrino

EL AUTOR.

PERSONAJES.

GUSTAVO WASA. (*Carlos*).

BLANCA.

EL SENADOR MAGNUS.

EL ALMIRANTE NORBL.

CRISTIERN II.

ENRIQUE BANNER.

SIVARD.

ISABEL.

ROBERTO.

PLTERSON.

JACOBO. } *Gefes de los mineros.*
JORGE. }

UN MONTAÑÉS.

UN MINERO.

UN ALGAIDE.

UN MOZO DE LLAVES.

OFICIAL 1.º

OFICIAL 2.º

UNA CAMARERA.

Nobles , soldados , montañeses , máscaras , pueblo.

La escena es en Suecia á principios del siglo XVI.
La primera y tercera jornada en las montañas de la
Delecarlia, la segunda y cuarta, en Stokolmo.

**Este drama es propiedad para su impresion y representacion
del nuevo *Editor* del teatro moderno español y moderno
extrangero; el cual perseguirá ante la ley al que la reimprima
ó ejecute en algun teatro del reino, sin que para ello ob-
tenga su beneplácito por escrito, segun prescriben las reales
órdenes de 5 de mayo de 1837 y 8 de abril de 1839.**



JORNADA PRIMERA.

Vista de las montañas de la Delecarlia. Varias sendas conducen á ellas. A la izquierda del actor la cabaña de Roberto, y á la derecha un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

PETERSON, JORGE y JACOBO, *descienden de la montaña.*

Jorge. Hemos madrugado mucho.

Peter. Lo exige vuestro deber,
Como sois los capataces
De los mineros...

Jacobo. Yá .. pues.
Y el señor Roberto en tanto
Durmiendo.

(*Mirando á la cabaña, cuya puerta está cerrada.*)

Peter. El pobre ya es
De edad bastante avanzada,
Y es necesario tener
Consideracion...

Jorge. Al padre
Por la hija. ¿Qué tal? ¡eh! (*con ironía.*)

Peter. Eres malicioso, Jorge.

Jorge. Jamás lo he sido. (Acerté.)
Con que os gusta la muchacha?

Peter. Yo no he dicho...

Jorge. Está muy bien.
Pero yo lo he adivinado,
Y á deciros voy tambien
Que debeis estar celoso.

Peter. ¿Celos yo?

Jorge. Sí, vos

Peter. De quién?

Jorge. De un minero que ha llegado
A este país hace un mês.
Un tal Carlos.

Peter. ¡Miserable!
¿Connigo competir él!
¿Será tanta su osadía
Que llegue á desconocer
La diferencia que existe
Entre los dos?

Jorge. (Yá logré
Que reventase la mina.)

Jacobo. Petersón, no lo dudeis:
Es tan querido de todos
Ese extranjero, que á fé
De Jacobo, os aseguro
Que yo me siento tambien
Inclinado á...

Peter. ¿Y pensais
Que Roberto su hija dé
A un desconocido?

Jorge. Mucho
Lo temo, y mas si Isabel
Le ama, segun sospecho:
El amor de una muger
Hace milagros. Es jóven,
Buen mozo, afable, cortés,
Y en las minas no trabaja
Hace días.

Peter. Cómo?

Jorge. El.

Y su compañero Enrique
Lo han sabido componer
De tal manera... el primero
Estuvo enfermo, y pardiez
Que la hija de Roberto

Supo cuidarle tan bien,
Que yo me holgaría...

Peter. Ella!

Jacobo. Ella su médico fué,
Y sanó el enfermo.

Peter. (¡Oh, Rábia!)

Jorge. Es lo único que sé.
Pero ya despertó el viejo,
Y le debe sorprender
Vuestra llegada.

(*Roberto abre la puerta de su cabaña.*)

Peter. (Su padre!

Hora lo descubriré).

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS y ROBERTO.

Roberto. Buenos días. ¡Mas que veo!
¡El señor Petersón! Cuanto
Me alegro de que tan pronto
Hayais vuelto.

Peter. Está bien: trato (*con aspereza*),
De hacer algunas reformas
En las minas, y he de hablaros
Sobre el asunto al momento.

Roberto. Estoy á vuestro mandato.
Pero tened la bondad
De deteneros. ¿No es Cárlos
El que baja con Enrique
De la montaña?
(*Aparecen en ella Cárlos y Enrique.*)

Peter. ¿Y que diablos, (*con enfado*)
tengo que ver con ese hombre?

Jorge. Jacobo... (*con intencion*).

Roberto. (Se ha incomodado
de tal suerte...) No comprendo...

Peter. Pues calla.

Roberto. Señor, ya callo.

ESCENA III.

Los mismos , CARLOS y ENRIQUE con traje de montañeses.

Enrique. Es cierto lo que me han dicho. (*aparte á Carlos.*)

Mirale allí. Yo me encargo

(*Señalando Petersón.*)

De preguntárselo todo.

Presto habeis abandonado

La Corte. (*Dirigiéndose á Petersón.*)

Peter. En estas montañas

De la Suecia me he criado,

Y el sosiego que disfruto

Entre vosotros, no cambio

Por cuanto encierra en sus muros

Stokolmo.

Enrique. ¿Os han jugado

Alguna pesada broma

Los malditos cortesanos?

Peter. No estan ellos para bromas.

Enrique. ¿Pues qué ocurre?

Peter. Han deportado

Dos ó tres mil cuando menos.

Carlos. (Dios mio!)

Peter. De luto y llanto

Cubiertas hoy sus familias

Al cielo piden amparo.

Nadie escucha sus gemidos :

Los nobles que han escapado

De la cuchilla que amaga

Sus cuellos, hora vagando

Por los montes de su patria,

No hallarán los desgraciados

Amigo alguno que quiera

Protegerlos.

Carlos. (Cielo santo!)

Peter. El que los oculte debe

Sufrir, segun el mandato

Del rey la pena de muerte.

Carlos. Decid mejor el tirano. (*Conmovido.*)

Peter. No diré tal, que hay palabras

Que suelen valer cadalsos.

Jorge. Y no ha de vengar el pueblo!...

Peter. ¡El pueblo ! ¿Estás delirando ?
 Al compás de sus cadenas
 Arrulla al que le hace esclavo.
 ¿No ha sido el pueblo testigo
 Del horrible asesinato,
 Que en ilustres Senadores
 Se ejecutó ? No ha mirado
 Con fría calma el suplicio
 De la nobleza ? Acordáos
 Mel Senador Wasa.

Cárlos. (Cielos !)

Peter. ¿Ha sido vengada acaso
 Su muerte ?

Cárlos. (Ah !)

Jorge. ¿ Y qué se dice
 En la Corte de Gustavo,
 El hijo del Senador ?
 El rumor que ha circulado
 Sobre su muerte , ¿ha salido
 Cierto ?

Peter. No : por el contrario.
 Se desmiente.

Jacobo. Plegue al Cielo
 Que ese jóven esforzado
 viva aun.

Jorge. El solo puede
 De extranjeros libertarnos.

Peter. ¿ Y á vosotros qué os importa ? ,...

Cárlos. Pudieran mirar acaso
 Indiferentes los males
 Que á la patria está causando
 Ese Rey Dinamarqués ?
 Ese Rey, que con engaños
 Se apoderó de la Suecia,
 Para unir en un Estado
 Dos Reinos ? ¡Traidor infame !
 ¿Quién colocó en el Senado
 Los extranjeros ? ¿Quién hizo
 Nuestras leyes violando
 Los destinos de la patria
 Confiar á los extraños !
 ¿Quién limitó los derechos
 Del pueblo , y nos hizo esclavos ?

Jorge. Tiene razon. ¿ Y seremos
 Tan cobardes que suframos
 Nos gobierne un asesino,

Que su puñal ha clavado
 En el pueblo ? ¡ Ah ! perecieron
 Nuestros valientes hermanos,
 Y hemos de bajar nosotros
 Al sepulcro sin vengarlos!
 ¡ Nosotros los montañeses
 De Delecarlia , que avaros
 De libertad siempre fuimos
 Azote de los tiranos!
 Nosotros que en otro tiempo
 A un Enrico destronamos...

Peter. ¡ En otro tiempo ! bien dices;
 Pero tus antepasados
 Tenian á un Engelbrecht ,
 Un valiente ciudadano,
 Que los supo dirigir
 Ala victoria.

Jorge. ¿ Y Gustavo
 Ha muerto ya ?

Peter. Y aunque viva ,
 ¿ Podrá ser tan insensato,
 Que busque una muerte cierta?
 Su cabeza han pregonado,
 Y el que la presente al Rey
 Se hará rico.

Enrique. Buen hallazgo (mirando á Cárlos)
 Debe ser la tal cabeza.

Peter. No hablemos mas. Al trabajo
 Cada cual , y tu Roberto
 Ven conmigo.

Roberto. Señor, vamos.

Jorge. Hasta luego , camarada. (á Cárlos.)

Enrique. Pronto vuelvo. (aparte á Cárlos.)

Cárlos. Aquí te aguardo. (id.)

ESCENA IV.

CARLOS permanece pensativo , é ISABEL sale de la ca-
 baña.

Isabel. Allí está Cárlos. ¡ Gran Dios !
 No sé lo que al verle siente
 el alma mia. ¡ Impudente !

Si fuera amor.....

Cárlos. ¡Ah! ¿Sois vos? (*Volviendo de su distraccion.*)

Isabel. Tan distraído os encuentro,
que solo debo dejaros.

Cárlos. Por qué?

Isabel. Por no molestaros
otra vez me marchó dentro.

Cárlos. Aguardad, bella Isabel.
¿Cuándo molesta me ha sido
vuestra presencia?

Isabel. He creído,
que ora quizás.....

Cárlos. Sois cruel.
Sabiendo cuanto ambiciono
poder veros sin cesar
¿me quereis abandonar?

Isabel. ¿Sí? pues ya no os abandono.
Aunque me llameis curiosa,
que es cualidad de muger,
de vos quiero merecer
que me digáis una cosa.

Cárlos. Decid cual és, y os prometo.....

Isabel. Cuando solo os hallé aquí,
que ideas.....

Cárlos. Nunca creí..... (*confuso*)
Perdonad; es un secreto.

Isabel. ¿Un secreto? También yo
le sabré, Cárlos, guardar.

Cárlos. El no os puede interesar.

Isabel. Siendo vuestro, ¿por qué no?

Cárlos. Mucho temo os ofendais
si lo que pensaba os digo.

Isabel. ¿Ofenderme vos? ¡Mi amigo!

Cárlos. Tal vez.

Isabel. ¡Ah! No lo creais.

Cárlos. Tan amable y candorosa
os hizo, Isabel, el cielo
que sois de virtud modelo,
y sois en extremo hermosa.

Isabel. Lisonjero en demasía
estais hoy.

Cárlos. Nunca lo fuí.
Si no lo sintiera así,
mi labio no lo diría.

Isabel. Pero el secreto.....

Cárlos. Pensaba.....

(¿Qué diré?) En vuestra ternura.

Isabel. ¿En mí?

Carlos. Os sorprende?

Isabel. (¡Oh! ¡ventura!
Me adora: no me engañaba.)

Carlos. ¿Cómo no pensar en vos,
por cuyo fino cuidado
de morir me he libertado?

Isabel. No habéis mas de ello por Dios!
Hicé entonces lo que hiciera
cualquier otra en mi lugar.
¿Viéndoos próximo á espirar
abandonaros debiera?
En este país, extraño,
sin parientes, sin amigos,
¡Oh! los cielos son testigos
de que sentí vuestro daño.

Carlos. Le sentísteis, es verdad;
pero el alma padecía,
y fué el salvarme á fé mia
estremada crueldad.
¡Ah! ¡Isabel!

Isabel. ¿Qué decís?

Carlos. Soy tan desgraciado!

Isabel. ¿Es cierto?

Y no me habeis descubierto
el martirio que sentís.
Y se lo ocultais á quien
solo al veros pensativo,
aunque no sabe el motivo
¡sufre tanto!

Carlos. ¿Vos también?

Isabel. ¿Juzgáisme acaso dichosa?

Carlos. ¿A vuestra felicidad
qué falta? Nada en verdad.
Sois jóven y sois hermosa:
Os aman con desvarío
vuestro padre, Petersón.....

Isabel. (Le ha nombrado! Celos son.
No hay duda, su amor es mío)

ESCENA V.

Los mismos y ENRIQUE.

Isabel. (Enrique! Qué impertinencia!
Es demasiado rigor
que al descubrirme su amor,
se lo estorbe su presencia.)

Enriq. Carlos.

Carlos. ¡Mi querido amigo!

Enriq. Tengo que hablarte. (*Bajo.*)

Carlos. Isabel,
vuelvo al momento.

Isabel. ¡Cruel!
(¡Me deja!)

Enriq. Ven

Carlos. Ya te sigo.

ESCENA VI.

ISABEL.

¡Se marchó! Pero me adora.
No puedo dudarlo ya.
Al fin sé realizará
mi ilusion encantadora.

ESCENA VII.

ISABEL y ROBERTO.

Roberto. Isabel! Isabel! (*dentro*)

Isabel. ¡Cielos!
¡Esa voz..... padre querido! (*Al ver á Roberto*)
¿Qué ocurre?

Roberto. Nada ha ocurrido,
disipa vanos recelos.
Vé á preparar tus trajes,
porque te vengo á anunciar
que hora acaban de llegar
tres ilustres personajes.

Isabel. Personages?

Roberto. Sí, muchacha.

Y es necesario que estés
mejor compuesta.

Isabel. ¿Y son tres?

Roberto. No pierdas tiempo. Despacha.

Isabel. ¿Y a dónde van?

Roberto. Dale. (*con impaciencia*)

Isabel. Pero.....

Quereis que me vista ahora?

Roberto. Sí, que viene una señora,

Y un gallardo caballero.

Ademas los acompaña

otro anciano. ¿A dónde ha ido

Carlos?

Isabel. Ahora ha subido

con Enrique a la montaña.

¡Si supierais cual yo sé

cuanto os ama!

Roberto. ¿Mucho?

Isabel. ¡Oh! Sí.

Roberto. Nunca me lo ha dicho.

Isabel. A mí

sin cesar.

Roberto. ¡Ola! A tí, eh?

Le agradezco la fineza.

Isabel. ¿Y nada más?

Roberto. Tambien yo

le pago.....

Isabel. No es eso, no.

Roberto. Te comprendo, buena pieza.

¿Os amais? Lo he adivinado.

Suya tú mano será,

y de una vez quedará

Petersón desengañado.

Isabel. ¡Padre mio! Soy dichosa.

Roberto. Ya llegan y todavía

estás allí.

Isabel. ¡Qué manía!

Voy.....

Roberto. No es tiempo perezosa.

ESCENA VIII.

*Los mismos, BLANCA, MAGNUS, y el ALMIRANTE
en traje de camino.*

- Magn.* Aquí descansar podemos,
hija querida, un instante.
¿Pensais lo mismo, Almirante?
- Almir.* Si Magnus, descansaremos.
Los caballos han traído
buen paso, y lo necesita
sin duda esta señorita
que fatigada ha venido.
- Blanca.* No mucho. Por mí, señores,
no os detengais.
- Almir.* ¿Por qué no?
(De este modo tal vez yo
descubra algunos traidores.)
De quién es esta cabaña? (*á Roberto.*)
- Roberto.* Vuestra y mia, caballeros.
- Almir.* ¿Y dónde están los mineros?
- Roberto.* Trabajando en la montaña.
- Magn.* ¿Y tu no trabajas?
- Roberto.* Yo
los dirijo.
- Almir.* Bien está.
Este hombre conocerá (*á Magnus.*)
á todos y....,
- Magn.* Entiendo.
- Blanca.* (¡Oh!)
- Almir.* Quisiera que á la montaña
nos guiases.
- Roberto.* Lo haré así.
- Blanca.* ¿Y yo?
- Magn.* Te quedas aquí.
- Roberto.* Y mi hija os acompaña.

ESCENA IX.

BLANCA é ISABEL.

Blanca. (Si algun noble desgraciado

se ocultára aquí.... Dios mío!
Que recuerdo tan sombrío
por mi mente ha resbalado!)
¿Eres del país?

Isabel. En el
criada desde que he nacido
jamás otro he conocido.

Blanca. ¿Y te llamas?

Isabel. Isabel.

Blanca. ¡Bonito nombre! Qué extraño
siendo tan hermoso el dueño!
¡Oh! Ese rostro halagüeño
causó mas de un desengaño.

Isabel. Me favoreceis, señora,
sin merecerlo.

Blanca. No tal.

Eres temible rival,
montañesa encantadora.
¿Quieres venir á Stokolmo?

Isabel. ¿Os burlais? ¡Una serrana
convertirse en cortesana!
Es pedir peras al olmo.

Blanca. Ven á la Corte y vestida
de ricas galas en ella,
apareciendo mas bella
serás tambien mas querida.
Quizá de algunos desvelos
fueras la causa.

Isabel. Yo?

Blanca. Sí.

Isabel. ¿Cómo?

Blanca. Inspirando allí
mucho amor, y muchos celos.

Isabel. No quiero tener amores
cortesanos.

Blanca. ¿Tal desden
te inspiran?

Isabel. ¡Fingen tambien
una pasión los señores!
Además, ¿puedis pudiera
abandonar la montaña
y la pagiza cabaña
dó corrió mi edad primera?
¡Mi anciano padre! Tal vez
el dolor le mataría,
porque el pobre perdería

mi consuelo en su vejez.

Blanca. Y en tan triste soledad
nada te falta?

Isabel. No, nada.

Blanca. Ha tenido amor entrada
en tu pecho?

Isabel. Perdonad....

Blanca. Si te ofenden mis preguntas...

Isabel. Ah! No es tanto mi rigor.

Blanca. ¿Qué han de hablar sino es de amor
dos niñas estando juntas?

Vamos, dime con franqueza.

¿No has amado aun?

Isabel. Señora...

Blanca. ¿Ningun montañés adora
esa divina belleza?

No es posible. Algun minero
acaso...

Isabel. Teneis razon.

Este tierno corazon
late por un extranjero.

Blanca. Estrangero?

Isabel. Solamente

en él pienso noche y dia,

y á su lado el alma mia

no sé explicar lo que siente.

Siente por la vez primera

que activo fuego la inflama,

al principio débil llama

despues devorante hoguera.

Que no se apaga jamas,

y apenas sus ojos veo

porque apagarla deseo

sin duda se enciende mas.

Si es amor muy mal me trata,

¿ó es un delito el querer?

¿Y sino como creer

me dé vida quien me mata?

Por él de todo me olvido,

pues al escuchar su acento

se aduerme mi pensamiento

de dulce placer henchido.

Blanca. No creí que en las montañas
se supiera amar.

Isabel. Es rey
amor é impera su ley

- en palacios y en cabañas.
Blanca. Feliz tú, niña inocente,
 que no has sentido el dolor
 con que envenena al amor
 la memoria de un ausente.
 Feliz tú, tierna Isabel,
 que amando con desvarío
 puedes decir él es mío,
 y no me aparto de él.
Isabel. Acaso vos...
Blanca. ¡Ah! Olvida
 lo que he dicho. ¿Ese estrangero
 te quiere tambien? Infiero
 que serás correspondida.
Isabel. Me inspirais tal confianza
 que nada os quiero ocultar.
 Me acaba de declarar
 su pasión y mi esperanza.
 Mi padre cuyo interés
 es mi dicha, ha consentido
 en hacerle mi marido
 aunque no sabe quien es.
Blanca. ¿Cómo! No sabe...
Isabel. Escuchad.
 Un mes hace que ha llegado.
Blanca. (Si será algun desterrado!)
Isabel. Pero aquí viene, mirad.

ESCENA X.

Las mismas y CARLOS.

- Cárlos.* Mi palabra os he cumplido, (*Sin ver á Blanca.*)
 he vuelto al punto.
Blanca. (¡Gran Dios!)
Carlos. (Qué veo!)
Blanca. (El es!) (*Reconociéndole*)
Cárlos. ¿Señora.... aquí vos? (*Con asombro y turbacion.*)
Blanca. (Si se descubre es perdido.)
 No extraño que os sorprendais
 al mirar por vez primera
 que visita una estrangera
 la cabaña que habitais.
 Mi padre y un caballero

me acompañan, y han subido á las minas. Habrán ido (*con intencion marcada.*) en busca de algun minero.

¿Me comprendéis? Además, hemos venido escoltados, por unos treinta soldados, y aguardamos muchos mas.

Cárlos. Teneis razon en creer que al veros me sorprendi.

Blanca. De vos hablamos. (*Con indiferencia.*)

Cárlos. ¿De mi?

Blanca. ¿Y esto os debe sorprender? (*Con malicia.*) Isabel me ha declarado que la amais, y os quiere mucho.

Isabel. Porque le decís.... (*d Blanca con rubor.*)

Cárlos. ¡Qué escucho!

Blanca. Sereis dichoso á su lado.

Yo quiero ser la madrina de la boda.

Cárlos. ¿Vos quereis?....

Blanca. Si á ello no os oponéis....

Isabel. ¡Ocurrencia peregrina!

¿Cómo oponernos, señora, si en extremo nos honrais?

Cárlos. Pero .. (*impasiente.*)

Blanca. ¿Tambien lo aprobais? (*con calma.*)

Isabel. Voy á dejaros ahora.

Blanca. ¿Te vas? (*queriendo ocultar su alegria.*)

Isabel. Sí: prepararé

el almuerzo para vos.

Decidle en tanto por Dios, (*bajo à Blanca.*) lo que le adoro.

Blanca. Lo haré. (*Isabel entra en la cabaña.*)

ESCENA XI.

BLANCA y CARLOS.

Carlos. ¿Es sueño, es ilusion de los sentidos
Lo que mis ojos ven en este instante?
¿Eres tú, no es verdad? Blanca! Bien mio!
¿No estrechas en los brazos á tu amante?

Blanca. Apartad, caballero. (*Con dignidad.*)

Cárlos. Es desvario

De mi exaltada mente? ¿Estoy despierto?

¡Ah! Sí, es realidad, hermosa mía!
 ¿Eres tú, eres tú? Díme que es cierto.
 No te goces, cruel, en mi agonía!

Blanca. Quién, pérfido, creyera
 cuando un amor eterno me jurabas
 Que tu labio mintiera!
 Entonces en mi pecho derramabas
 de la esperanza el mágico consuelo,
 y el alma adormecida
 soñó un hermoso cielo
 dó era tu amor encanto de mi vida.
 fugaz desapareció la ilusión bella
 de mis ensueños de oro,
 y huyó también con ella
 del corazón el plácido sosiego.
 Tú me lo arrebataste, ingrato, y hora
 arde en tu pecho el fuego
 de otro amor.

Carlos. ¡Otro amor!

Blanca. Sí: todavía
 lo que acabo de oír negar pudieras?
 muy tarde ha conocido tu falsía
 mi pobre corazón. ¡Ah! ¿Qué se hicieron
 tus protestas de amor? Palabras eran
 que en tu alma grabadas no estuvieron,
 y el tiempo las borró de tu memoria.

Carlos. Me ofendes sin razón.,. ¡Qué no te adoro!
 Desecha esos temores,
 y enjuga el tierno lloro
 ángel encantador de mis amores.
 ¿Sospechas por ventura
 que la ardiente pasión que has encendido
 apague otra hermosura?

Blanca. No son vanos recelos
 ni frívolas sospechas. Hora acabo
 de apurar la honda copa de los celos.
 Hora mismo Isabel, esa serrana
 me reveló perjuro que la quieres.

Carlos. ¡Ah! Sí: como á una hermana.
 pero entre dos mugeres
 no divido mi amor. El todo entero
 te pertenece á tí.

Blanca. ¿Sera posible! (Con alegría.)

Carlos. No he mentado jamás. La pobre niña
 inocente y sensible
 creyó sin duda amor lo que era efecto

De tierna gratitud. En tu presencia
Mi lábio la dirá cuanto te adoro.

Blanca. ¡Qué intentas, desgraciado!

¿Pudieras cometer tal imprudencia?

Carlos. Dices bien: un proscrito, un desterrado
por cuyo cuello ofrece montes de oro
el tirano de Suecia amar á la hija
de un noble Senador! ¡De un estrangero!
Es desacato atroz, es un delirio.

¡El pobre y miserable! ¡Ella opulenta!

Blanca. No aumentes mi martirio.

Carlos. ¿Y no podré jamás lavar mi afrenta?
nunca en la sangre de Cristiën impura
¡la muerte vengaré del padre mio!
¡Ah! ¡Sí, os vengaré, padre adorado!
vuestro hijo lo jura:

víctimas inocentes inmoladas
por el feroz Cristiën sereis vengadas!

Blanca. ¡Me estremezco de horror! Y son tus planes. ...

Carlos. Morir ó libertar la patria mia
de hedionda esclavitud. Con ese intento
hni de Dinamarca dó queria
sacrificarme el déspota cruento.
Mi primo Enrique Banner, encargado
de mi custodia, huyó tambien conmigo;
y al separarme entonces de tu lado
y abandonar la casa de mi amigo
dó vi por vez primera tu hermosura,
el alma apasionada
no sé lo que sintió, porque oprimida
del dolor de la ausencia malhadada
quedó, Blanca, sin vida.
A estos montes vinimos, y ocultando
mi nombre fui minero, sí, minero:
con mis manos cavé la dura tierra,
y hambre y sed padecí, siendo el prim ero
para todo.

Blanca. ¡Gran Dios! Pero mi padre
vendrá pronto y...

Carlos. No temas. Este traje
que me cubre disipa las sospechas
que pueda concebir: nunca me ha visto.

Blanca. Y si otro personaje
que le acompaña

Carlos. ¿Quién?

Blanca. Un caballero

favorito del Rey. El Almirante.

Cárlos. Tampoco me conoce : aquí le espero.
Mas ¿adónde vais juntos?

Blanca. A Stokolmo.

Me hallaba con mi padre en Dinamarca ,
y acompañarle quise apenas supe
la orden del monarca
para venir á Suecia. Yo quería
saber tu paradero , y en tu patria
me pareció mas fácil...

Cárlos. ¡Vida mía!

Feliz casualidad nos ha reunido.

¡ Ah ! Deja que este instante
olvide los tormentos que he sufrido ,
y de amor delirante

Te estreche entre mis brazos , ¡ Blanca hermosa !

Blanca. ¡ Gustavo !

Cárlos. ¡ Dulce encanto !

Blanca. En ellos soy dichosa.

(*Isabel aparece á la puerta de la cabaña*).

¡ Isabel nos ha visto !

Cárlos. ¡ Cielo santo !

ESCENA XII.

Los mismos é ISABEL.

Isabel. Perfectamente. Muy bien.

Os estoy agradecida
en extremo.

Blanca. (Soy perdida
si no sé fingir.) ¿A quién?

Isabel. A vos que sabéis por mí
tan vivo interés tomar,
que ocupásteis mi lugar
sin hacer yo falta aquí.

Blanca. Mayor agradecimiento
por lo que acabo de hacer
me mostrarás al saber....

Isabel. Ya lo sé, y harto lo siento.

Cárlos. (¿Qué irá á decir?)

Blanca. He salvado
á tu amante.

Isabel. ¡ Santo Dios !

¿ De qué ?

Blanca. Le buscan los dos
que de mí se han separado.

Isabel. ¿Y el motivo?

Blanca. No es á él
precisamente.

Isabel. No entiendo...

Blanca. A un noble estuvo sirviendo
en Stokolmo, y a aquel....

Isabel. ¡Ah!

Blanca. Y como sabe ahora
donde se puede ocultar,
tal vez preso en su lugar...

Isabel. ¡Por Dios! ¡salvadle, señora!

Blanca. A mi aviso agradecido
me abrazó el pobre minero.

Isabel. Y yo que perdoneis quiero
la sospecha que he tenido.

Blanca. ¡Mi padre! (Ocúltate ya.)

(Viendo que bajan de la montaña Magnus, el Almirante
y Roberto.)

Càrlos. No es tiempo.

Isabel. Temblando estoy.

Càrlos. (Nada temas, si me voy
infundo sospechas.) (á Blanca.)

Blanca. (¡Ah!)

ESCENA XIII.

*Los mismos, MAGNUS, el ALMIRANTE, y ROBERTO
con una hacha, que coloca à un lado.*

Almir. Me parece, senador,
que nuestro plan se ha frustrado
sin poder á ese traidor
presentar al rey.

Blanca. Señor, (A Magnus.)
presto la vuelta habeis dado.

Magn. No hemos podido encontrar
lo que buscamos.

Almir. Es cierto.

Aunque caminó Roberto
por el monte sin cesar
nada en él ha descubierto.

¿Quién es aquel que está allí?

(Señalando à Càrlos que permanece á cierta distancia.)

Blanca. (¡Dios mío! Si hora le ven...)

Roberto. Es un minero tambien
que os será útil.

Almir. ¡Ah! ¿Sí?
¿Sabe el país?

Roberto. ¡Oh! muy bien.

Almir. Será entonces nuestro guía.

Blanca. (¡Cielos!)

Isabel. ¿Y á dónde, señor,
le llevaréis?

Almir. No creía
que por ausentarse un día
mostrarás tanto dolor.
No temas, pronto á tu lado
volverá. Venid, minero.

Carlos. ¿Qué pretende el caballero? (*Acercándose con
dignidad.*)

Almir. (Tal vez por este guiado
descubra su paradero.) (*A Magnus.*)
Los traidores que Cristián
mandó perseguir, quizás
en estos montes estén,
ó á lo menos uno.

Carlos. ¿Quién?

Almir. El jefe de los demas,
Pues el rumor que corria
sobre su muerte no ha sido
cierto. Vive todavía
Gustavo Wasa.

Blanca. ¿Sería
posible? (*aparentando asombro.*)

Almir. El rey lo ha sabido.
Y segun ciertas noticias
se encuentra en este país.

Blanca. (Temblando estoy.) ¿Qué decis? (*id.*)

Almir. ¿Recibirá el alma albricias
si le prendo? ¿No lo oís?

Blanca. Olvidad en este instante...

Almir. ¿Olvidarlo? ¡Ah! No; señora.
Vuestro padre está delante,
y me permite que ahora
os diga mi amor constante.

Carlos. (¿Qué escucho!)

Blanca. ¿Cual se alteró!) (*mirando à Carlos.*)

Almir. Perdonad si os he ofendido.
Como el rey ha prometido,

si prendo á Gustavo yo
hacerme vuestro marido;
al soñar en esa idea
es tanto el placer que siento,
que el alma en este momento
solo deciros desca
que os adora.

Carlos. (¡Ah!)

Blanca. (¡Qué tormento!)

Almir. El rostro de ese traidor
grabado le tengo aquí, (*Señalando la frente.*)
pues aunque nunca le vi
hará sin duda el amor
que le conozca. ¡Oh! Si.
¿Como se ha de libertar
de caer entre mis manos,
si deben pronto llegar
mis valientes veteranos,
y do quier le han de buscar?

Carlos. Mostrais tan vivo interés (*Con ironia.*)
en encontrar á ese Wasa,
que no dudo ...

Almir. Si así es,
mi recompensa despues
te juro no tenga tasa.

Carlos. Tambien será generosa (*id.*)
esta señorita.

Blanca. (¡Oh Dios!)

Carlos. Como ha de ser vuestra esposa... (*id.*)

Blanca. Si á Wasa descubris vos, (*Con profunda intencion.*)
entonces me hareis dichosa.

Carlos. ¡Yo delator! Caballero,
podeis buscar otro guía.

Almir. ¿Cómo?

Carlos. Engañaros no quiero,
y si os guiára....

Almir. ¡Minero!

Carlos. Sin duda os engañaría.

Almir. ¿Y te atreves á oponer
á mis mandatos?

Carlos. Aquí
es igual nuestro poder,
pues ni vos mandais en mí.
ni yo os quiero obedecer.

Almir. ¿Sabes quién soy?

Carlos. No lo ignoro.

un orgulloso extranjero,
un traidor que sin decoro
vino a mi patria el primero
á saciar su sed de oro.

Vino á robarla insolente
su libertad y su gloria,
y cuya odiosa memoria
maldecirá eternamente
en sus páginas la historia.
Sois Norbít: el Almirante,
y adulator del tirano,
que aquí solo es arrogante,
y en las lides el gigante
es un despreciable enano.

Almir. ¡Miserable! (*furioso empuñando la espada.*)

Roberto é Isabel. ¡Infeliz!

Blanca. (*¡Ah!*)

Magn. ¡Qué insolencia!

Almir. Mi venganza.... (*saca la espada, y se dirige contra Carlos que se apodera del hacha, que trajo Roberto y le amenaza con ella.*)

Carlos. Ven....

Blanca. (*¡Cielos! ¡No hay esperanza!*) (*viendo á los soldados del Almirante.*)

ESCENA XIV.

Los mismos, y varios soldados.

Almir. ¡Aquí mis soldados ya!

Prendedle.

Blanca colocándose entre los soldados y Carlos, dice á este.)

Huye sin tardanza.

(*Carlos entra precipitadamente en la cabaña cerrando tras sí la puerta.*)

ESCENA XV.

Los mismos menos CARLOS.

Almir. Arrojad la puerta al suelo.

Blanca. Deteneos.

(*A los soldados que obedecen la orden del Almirante.*

Isabel y Roberto ¡Por piedad!

Blanca. ¡Norbi!

Isabel y Roberto. Señor... (à *Magnus.*)

Magn. Apartad.

Almir. Seguid todos.

(*Entra con Magnus y los soldados en la cabaña, cuya puerta ha venido abajo.*)

Roberto é Isabel. ¡Justo cielo!

Blanca. ¡Salvadle Dios de bondad!

(*Con las manos elevadas al cielo.*)

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.



JORNADA SEGUNDA.



Palacio de Magnus. Gabinete con tocador, y reloj encima de una mesa. En el fondo una puerta grande que conduce à un salon que se verá iluminado. Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA, y su camarera ataviando à aquella en el espejo.

Cam. Podeis, señorita,
entrar muy ufana
al salon del baile.

Blanca. ¿ Del baile? (*Abatida.*)

Cam. ¿ Os enfada?

Estais tan hermosa,
que las ricas galas,
el oro, y brillantes
no tanto resaltan
como los destellos
de vuestras miradas.
Sin duda esta noche
robaris muchas almas,
No extraño que tengan

al ver tantas gracias
amor los galanos,
y celos las damas.

Blanca. ¡No piensa en placeres
la infelice Blanca!

Ojalá pudiera
huir de la sala
do el festin brillante
mi padre prepara.
Estos atavíos

con que me engalanas
en vez de ser gratos
me hastían y cansan.

Cam. ¿Qué decís, señora?

Blanca. ¡Soy tan desgraciada!

Cam. En verdad no puedo
comprender la causa
de la honda tristeza,
que siempre pintada
miro en vuestro rostro.

Blanca. Son males del alma,
que solo comprende
aquella á quien matan.

Cam. ¡Por Dios! No esteis triste,
y enjugad las lágrimas.

Por ser vuestros días,
un padre que os ama
con tierno delirio,
gran baile de máscaras
ordena esta noche,
y en él nada falta.

La nobleza Sueca,
la de Dinamarca,
el Rey en fin toda
la corte bizarra

se verá reunida
pronto en esa sala (*Señalando al salon iluminado.*)
y vos que debierais
alegraros.....

Blanca. Basta.

Mi padre se acerca.
retírate, Laura.

ESCENA II.

MAGNUS, y BLANCA

Magn. Vengo á saber, hija mia,
si pronto vas alla dentro,
mas ya vestida te encuentro,
y estas hermosa a fé mia.
Con las flores adornada
resalta mas tu belleza:
no cometas la simpleza
de ponerte colorada.
¿A que viene ese rubor?
¿Acaso vergüenza inspira
un padre si á su hija mira
enagenado de amor?

Blanca. ¡Padre querido!

Magn. Eso sí.

Porque tu sabes muy bien
que yo te quiero tambien,
y mucho mas que tú á mi.

Blanca. ¿Qué decís? Habeis dudado.....

Magn. De nada; pero sospecho
que alguna cosa tu pecho
agita. ¿Lo he adivinado?

Blanca. No creais.....

Magn. Yo nada creo,
señorita. ¿A qué negar
que hora acabas de llorar?

Blanca. ¿Yo señor?

Magn. ¿Pues no lo veo?

Húmedos están tus ojos
aún, y de palidez
cubierta ademas tu tez.

Blanca. Perdonad si os causo enojos.
Es cierto que hace un instante
sentí..... pero no fué nada,
estoy ya mas aliviada.

Magn. No lo rebela el semblante.
Desde que á Suecia hemos venido
¿qué tienes, hija querida,
que estas triste y abatida
y tu salud has perdido?
El lance de aquel minero

tanto , Blanca , te alteró
por ser corripasiva.....

Blanca. ¡Oh!

Era un pobre.

Magn. Fué un grosero.

Cara paga su inscencia
si le coge el Almirante ,
pero bien supo el tunante
escapar de su presencia.
¡Y la maldita cabaña !
¿Quien entonces adivina
que hubiese en ella una mina
que guiase a la montaña?
Por ella logró escapar ;
pero hablemos de otro asunto ,
vamos, revélame al punto
la causa de tu pesar.
O no merezco de tí
que me digas...

Blanca. ¡Padre mio !

¿si os amo con desvarío
que mas exijís de mí?

Magn. Todo lo comprendo yá;
no me ocultes nada, ven.

¿Es el Almirante quién
causa tu pena quizá?

¿No le amas?

Blanca. ¡Ah! ¡Señor!

Magn. Sé franca.

Blanca. Pues lo quereis...

Magn. (¿Qué dirá?)

Blanca. No os enojeis.

Jamás me ha inspirado amor.

Magn. ¿Y si fuera tu marido
serás desgraciada?

Blanca. Es cierto.

El alma os he descubierto,
perdonad si os he ofendido.

Magn. ¡Ofenderme ! No, ¡hija mía!

Hace tiempo sospechaba
que tu pecho no le amaba,
y á la verdad lo sentía.

Bien sabes que el Almirante
es el privado del Rey,
y que su capricho es ley
que se obedece al instante.

Por eso no me atreví
 á negar tu mano yo
 al Rey que me la pidió
 para su amigo Norbí.
 Pero no temas , quizá
 quede su plan destruido.

Blanca. ¿Qué decis , padre querido?

No seré su esposa ! ¡ Ah ! *(Con alegría.)*

Magn. Si nos oyen... *(Observando.)*

Blanca. ¿Cómo ? ¿Quién ?

Magn. Escucha. La Dinamarca
 tal vez tenga otro Monarca
 muy pronto.

Blanca. Pero y Cristien ?

Magn. Su barbaro despotismo
 no puede el pueblo sufrir,
 y se trata de elegir...

Blanca. A su tio , el Duque ?

Magn. El mismo.

Entonces volver podemos
 á nuestra patria adorada
 mientras la Suecia entregada
 á un tirano Mas callemos.
(Al ver al Almirante.)

ESCENA III.

Dichos y el ALMIRANTE.

Varias máscaras cruzan por el salon iluminado , y una
 de ellas permanece en el dintel de la puerta del fon-
 do observando á los que están en la escena.

Almir. En el salon os espera
 la nobleza reunida.

Magn. Vamos pues , hija querida.

Almir. Antes hablaros quisiera.
 Teneis tiempo que aun no está
 el Rey en el baile.

Magn. Bien.

Blanca. Y vuestra hija tambien
 en él os aguardará.

Magn. Como gustes.

Blanca. Caballero.....

*(Al despedirse del Almirante, el mascara que la observa
 la ofrece el brazo, y ella le acepta)*

Almir. Si me permitis que yo
os acompañe.....

Blanca. Ya no.

Llegó el máscara primero.

(*Blanca, y el máscara se van al salon, y el Almirante
lanza à aquel una mirada de enojo.*)

ESCENA IV.

MAGNUS, y el ALMIRANTE.

Magn. Solos estamos, podeis
explicaros sin rodeos.

Almir. Así lo haré, senador.
Oidme.

Magn. Os escucho atento.

Almir. Hace un año me ofrecisteis
la mano de Blanca.

Magn. Es cierto.

Me la pidió para vos
el Rey Cristián.

Almir. Ya me acuerdo.

Magn. Y sin consultar entonces
con su voluntad.....

Almir. Entiendo.

Le disteis vuestra palabra
de efectuar al momento
la boda.

Magn. Teneis razon,
Almirante.

Almir. ¿Y si la tengo,
por qué tanto retardais
ese día?

Magn. Mucho siento
no poder cumplir ahora
lo que prometí hace tiempo.

Almir. ¿Qué decís? ¿A su palabra
faltar puede un caballero?

Magn. Responded á una pregunta.
Si vos fuerais padre tierno
y adorando á vuestra hija,
viéreis que de un torpe yerro
cometido por no haber
consultado antes su pecho;

su vida y su porvenir
dependia , si pudiendo
deshacerle se labraba
su felicidad.....

Almir. Comprendo

lo que me vais á decir.

Magn. A su llanto y á sus ruegos,
¿pudiérais ser sordo acaso,
sacrificándola á un necio
capricho que honor se llama?
¡Ah! Responded y ponéos
en mi lugar, Almirante.

Almir. Con calma os estuve oyendo,
y la respuesta he de daros
si antes me dais un consejo.

Magn. ¿Un consejo? ¿Para qué?

Almir. Oid , y podreis saberlo.
Si amando á un Rey..... á Cristién ;
supiérais vos los intentos
de algunos nobles señores
para arrebatarle el reino
de Dinamarca.....

Magn. (¡ Dios mio !) (*Sorprendido.*)

¿ Qué quereis decir ? (*Aparentando serenidad.*)

Almir. Si entre ellos...

los traidores: se encontrara
alguno que amigo vuestro
hubiera sido algun dia ,
hasta llegar á ofreceros
la mano de una hija suya ,
y despues bajo el pretesto
de no labrar su desgracia ,
faltase mal caballero
á sus promesas....

Magn. ¿Hablais (*Turbado.*)

acaso por mi?

Almir. No creo (*Con calma.*)

que os haya nombrado aun ,
escuchad y tal vez presto
podais salir de la duda :

¿Qué hariais, Magnús, teniendo
las pruebas de su traicion
en este papel? (*Le saca de un bolsillo.*)

Magn. ¡ Qué veo !

Almir. No iriais para vengaros
á delatarle al momento

al Monarca, y que el traidor
 en un cadalso su cuello
 dando al hacha del verdugo,
 á los demas de escarmiento
 sirviera?

Magn. (¡Qué horror!) (*Aterrado.*)

Almir. ¿No es este,
 por ventura el nombre vuestro?
 (*Le muestra el papel.*)

Magn. ¿Mi nombre!.... Es verdad.

Almir. Ahora (*guardando el papel.*)
 que me aconsejéis espero
 lo que he de hacer.

Magn. He pensado.....

Almir. Decid.

Magn. Que seais mi yerno.

Almir. ¿Mudásteis de parecer?
 En el alma os lo agradezco.
 Mas no quisiera tampoco
 que se esclavice en extremo
 su voluntad.

Magn. (¡Qué malvado!)

No lo creais: mis consejos
 y el amor que me profesa.....

Almir. La harán consentir, ¿no es eso?

Magn. Sin duda alguna. Además
 yo la diré vuestro mérito (*con intencion.*)
 y.....

Almir. Magnus, mucho me honrais,
 tanto favor no merezco.

Magn. Es justicia, y no lisonja, (*id.*)
 siempre digo lo que siento.

Y vos, ¿qué uso, Almirante,
 pensais hacer del secreto
 que en el papel se contiene?

Almir. ¡Oh! Guardarle hasta ser dueño
 de vuestra hija.

Magn. ¿Y entonces?

Almir. Entonces ya no le quiero
 para nada, y le daré.....

Magn. ¿Cómo? (*Sorprendido*)

Almir. A quien tenga en ello
 un interés inmediato. (*Con malicia.*)

A vos, Magnus, por ejemplo.

Magn. Mi amigo sois y muy pronto (*le data mano.*)
 sereis mi hijo.

Almir.

Os respeto

como tal desde este instante.

Voy á salir al encuentro
de nuestro Rey. Adios, Magnus.*Magn.*En el salon nos veremos. (*Vase el Almirante*)

¡Sacrificar á mi hija!

¡Pobre Blanca! No hay remedio.

ESCENA V.

MAGNUS y SIVARD, con trage de mascara.

Siv. ¿Senador Magnus?*Magn.*

¿Quién llama?

Siv.

Quiero hablaros, deteneos.

Magn.

Pero ¿cuál es vuestro nombre?

*Siv.*Soy Sivard, el mensajero
del duque.*Magn.*

¿De Federico?

¡Qué decis! (*Asombrado*)*Siv.*Mirad su sello. (*Le enseña un anillo.*)*Magn.*

¡Gran Dios! Si nos sorprendieran.....

y el Rey que debe al momento

llegar! (*Despues de un momento de reflexion.*

Dentro de una hora

en este sitio os espero,

y con un disfraz igual

al que os cubre podré luego

hablaros.

Siv.

¿No faltareis

á la cita?

Magn.

Os lo prometo.

Ahora por esa puerta

salid. Adios, caballero.

(*Sivard se va por la que conduce al salon, y Magnus por
la de la izquierda.*)

ESCENA VI.

BLANCA, con trage de mascara. Suena por intervalos la
música en el salon inmediato.*Blanca.* ¡Dios mio! ¿Qué agitacion
es esta de mis sentidos?

¿Qué rebelan los latidos
 de mi pobre corazon?
 El máscara que al salir
 me dió el brazo. ... ¿qué tormento!
 No quiso un solo momento
 dejarme de perseguir.
 Si iba á bailar con alguno
 con los ojos me seguía,
 y siempre á mi lado via
 á ese máscara importuno.
 Por evitar su presencia
 me puse este trage, á ver
 si hora tengo que temer
 su continua impertinencia.
 Ese baile, esa alegría,
 y tan confuso sonido
 de voces hieren mi oído,
 y cansan al alma mía.
 Aquí gozaré un momento
 de descanso. (*Se sienta*) Dije mal
 que es un recuerdo fatal
 verdugo del pensamiento.
 Recuerdo que es mi vivir,
 y que girando en mi mente
 emponzoña lo presente,
 y emponzoña el porvenir.
 ¡Gustavo! ¡Mi dulce encanto!
 ¿Qué le queda á mi dolor?
 Llorar tu perdido amor,
 ¡y por eso lloro tanto!
 ¡Pero ay! que el llanto no alcanza
 lo que ambiciona el deseo,
 y ya destruida veo
 mi lisonjera esperanza.
 Asi cual capullo tierno
 que arrulla brisa temprana,
 y apenas es flor lozana
 la marchita helado invierno;
 mi ilusion encantadora
 fué capullo y luego flor,
 que ví morir al rigor
 de la fortuna traidora.

ESCENA VII.

BLANCA, y GUSTAVO *disfrazado de máscara.*

Blanca. ¡Pero qué veo! Hasta aquí
ese máscara atrevido
me persigue.

Gust. (Conseguí
encontrarla.)

Blanca. (¡Ay de mí!
Quizá no me ha conocido. (*Se pone la careta.*)
Voy á entrar en el salon
sin mirarle.)

Gust. ¿Dónde vais? (*Fingiendo la voz.*)

Blanca. ¿Máscara, con quién habláis?

Gust. Con vos.

Blanca. ¡Linda discrecion! (*Con tono de burla.*)
No soy yo la que buscáis.

Gust. ¿Blanca Magnus, vuestro nombre
negar acaso podeis?
¿Decidme, no conocéis (*en voz baja.*)
á Gustavo Wasa?

Blanca. (¡Qué hombre!) (*Asombrada.*)
¡Gran Dios! ¿Quién sois? ¿Qué queréis?

Gust. Hablaros solo un momento
sin testigos, y esta puerta....
(*Cerrando la del salon.*)

Blanca. ¡La cierra!

Gust. Como está abierta...

Blanca. (¡Ah! ¡Yo no sé lo que siento!)

Gust. Nada temais.

Blanca. (¡Estoy muerta!)
Pronto decid quien sois vos
que el nombre habeis pronunciado....

Gust. El que tienes á tu lado. (*Descubriéndose.*)

Blanca. ¡Gustavo! ¿Es sueño? ¡Gran Dios!
(*Arrojándose en sus brazos.*)

¡A qué vienes, desgraciado!

Gust. ¿A que vengo? ¿Es Blanca quien
me lo pregunta? ¿Y me adora?

¡Ah! No.

Blanca. El labio deten:
¿y el llanto que vierto ahora?

Gust. Tus ojos mienten tambien.

Blanca. ¡Gustavo! ¡Por compasion!
No me mires con enojos.

Gust. ¡Ingrata! Fundados son
que tienes llanto en los ojos,
y olvido en el corazon.

Blanca. ¡Olvidarte! Por ventura
dudar pudiste algun dia
de mi fé cándida y pura,
y que borrara perjura.
tu imágen del alma mia?
Tu imágen que es la ilusion
que hasta en mis ensueños veo,
pues prisma de mi pasion
es lisonja del deseo,
y hoguera de el corazon
Yo que miro enagenada
cuando estás de mi amor lejos
á la luna plateada,
creyendo hallar tu mirada
en sus pálidos reflejos.
Y miro al alba que bella
asoma por el Oriente,
y á la matinal estrella
creyendo que dó nace ella
está mi adorado ausente.
¡Ah! La ausencia es el veneno
que á mi corazon devora,
y al verte, tanto te adora
que brotando de su seno
se convierte en llanto ahora.
Si con ciego desvarío
el alma te consagré,
¿podrás dudar de mi fé?

Gust. Esa duda el pecho mio
ha desgarrado.

Blanca. ¿Por que?

Gust. Cuando encontrarte creia
á dolor fiero entregada,
ricamente engalanada
te encuentro ¡quién lo diria!
para un festin preparada.
Mientras contó los instantes
palpitando el corazon
tu rodeada de amantes
bailabas en el salon

cubierta de oro y brillantes.
 Allí estaba el desterrado
 que solo, Blanca, por verte
 De delirio enagenado
 vino á buscar una muerte,
 y otra halló que tu le has dado.
 Si vivo sin esperanza
 ¿qué me importa ya el vivir?
 ¡Y mi patria! ¡Y la venganza!
 Si mi brazo no la alcanza
 entonces sabré morir.

Blanca. ¡Insensato! ¿Todavía
 abriga tu corazon
 esos planes?

Gust. Ellos son
 los sueños del alma mia;
 mi esperanza y mi ilusion.
 ¿Pudiste acaso creér
 que renunciára cobarde
 á ese soñado placer?

Blanca. Dudaba ya...

Gust. Nunca es tarde,
 para morir ó vencer.

Blanca. Tiemblo al oírte.

Gust. Es verdad.
 Pero no tiembla por mí
 la que pronto de Norbí
 siendo esposa...

Blanca. ¡Por piedad!
 ¿Yo su esposa?

Gust. ¡No lo oí!

Blanca. Es cierto; pero la union
 que pretende el Almirante
 repugna á mi corazon,
 y mi padre en este instante
 aprobó mi oposicion.

Gust. ¿Será posible? ¡Ah! Vén
 á mis brazos.

Blanca. ¡Dulce bien!
 Me haces feliz. Dudarás
 ¿de mi tierno amor?

Gust. Jamás.

Blanca. Injusto fué tu desdén.
 Pero huye, huye al momento
 de este sitio.

Gust. Blanca mia!

No temas.

Blanca. Si alguno espía
tus pasos.... Mas... ruido siento. (*Se estremere.*)
(*Dan dos golpes en la puerta del salon que cerró*
Gustavo.)

¿Quién será? ¡Fiera agonía!

Gust. Abre la puerta.

Blanca. ¿Y tú?

Gust. Yo

alli me retiraré. (*Señalando la puerta de la*
derecha.)

Blanca. ¡Santo cielo! Y si te vé
el que llama?

Gust. Abre.

Blanca. ¡Oh!

El rostro recataré.

(*Ambos se cubren el rostro con la careta: Gus-*
tavo se retira á un lado, y Blanca abre la puerta
del salon.)

ESCENA VIII.

Los mismos, y el ALMIRANTE.

Atmir. Perdon, máscara, te pido (*Sin ver á Gustavo.*)
por haberte incomodado.

¿Como el salon has dejado,
y aquí tan sola has venido?

Blanca. (Si le hablo soy perdida.)

Almir. ¿No me quieres responder?

O sorda debes de ser
ó muda pese á mi vida.

¿Es posible que tu acento
no me permitas oír?

(*Blanca le indica por señas que quiere marcharse.*)

¿Dices que te quieres ir?

¡Oh! Espérate un momento.

Blanca. (Fingiendo la voz, tal vez
no me conozca. Es preciso
que salga.

Almir. (Al fin hablar quiso.)

No muestres tanta esquivéz.

Que á la belleza hermoséa.

la amabilidad. ¡Oh! Sí,

pues por lo que toca á tí

apuesto que no eres fea.

Génil talle, lindo pié,

y una mano encantadora.

Blanca. (¡ Imprudente !) (*Cubriéndola con el guante.*)

Almir. A buena hora

ocultas su nieve á fé.

Blanca. Dejádme pasar.

Almir. (¡ Es ella !

Esa voz no me ha engañado.)

Blanca. ¿ No me dejais ?

Almir. He pensado
que tú debes ser muy bella,
y permitiré al instante
que te vayas al salon,
mas con una condicion.

Almir. ¿Cuál és?

Almir. Mostrar el semblante.

Blanca. Imposible.

Almir. Eres cruel.

Y no he de verle ?

Blanca. (¡ Ay de mí !)

Almir. ¿ Por qué ?

Gust. Porque estoy yo aquí (*Saliendo.*)
para estorbárselo á él.

Blanca. (¡ Por mi causa le he perdido !)

Almir. ¡ Miserable !

Gust. Huye.

(*Colocándose entre Blanca y el Almirante.*)

Blanca. ¡ Gran Dios ! (*Vásc.*)

Alm. Estaban aquí los dos,
¡ y ella escapar ha podido ! (*Furioso.*)

ESCENA IX.

GUSTAVO y EL ALMIRANTE.

Almir. ¿ Quién es el que osado
se opuso á mi intento ?
Descubra ese rostro,
descúbrale presto.

Gust. Con calma, Almirante :
muy vivo es tu genio.
De un máscara quieres
exijir...

Almir. Lo ordeno.

Gust. ¿Lo ordenas? Me place.
¿Y con qué derecho?

Almir. Con el de la fuerza,
señor encubierto.

Gust. Permíte que dude
lo que no comprendo.

Almir. ¿Qué dices? Acaso...

Gust. Acaso no temo
la fuerza que quieres
emplear violento;
y á tales razones
jamás obedezco.

Almir. Si enciendes mi enojo
sabré en el momento
yo mismo arrancarte
el disfraz.

Gust. Mas quedo.
El buen Almirante
ha perdido el seso.

Almir. ¿Te burlas! (Irritado.)

Gust. El lance
no és para menos.

Almir. ¿Miserable! Ahora
lo verás.

(Quiere descubrirle y Gustavo empuña la espada que trae debajo del disfraz.)

Gust. ¿Eh! Quieto,
ó envaino mi espada
en su aleve pecho.

Almir. ¿La espada debajo
del disfraz! Sospecho
que traicion infame
te guía.

Gust. Comprendo
tu intencion. Quisieras
con ese pretesto
que el rostro descubra
logrando tu objeto;
mas nó, te equivocas,
clarísimo ingenio.

Almir. Delante de toda
la Côte pretendo
descubrir quien eres.
Mi voz al momento
hará que á este sitio

acudan...

Gust. Y luego
delante de todos
los nobles del Reino,
apenas conozcan
que soy uno de ellos
les dirá mi labio:
ved al extranjero
que henchido de orgullo
ostenta denuedo,
y tuvo cobarde
de un máscara miedo.

Almir. ¡No sé como sufro!.....

Gust. Diré mas: sintiendo
el pobre Almirante
ridiculos celos,
al ver á una dama
pretendió altanero
descubrir su rostro.
Me opuse yo á ello,
porque amor la inspiro
y Norbí desprecio,
y entonces.....

Almir. ¡Qué has dicho!

¡Me desprecia! ¡Cielos!

¡La rabia me ahoga!

Gust. ¿No tienes acero?

Almir. Si aquí le tragese
te hubiera hace tiempo
la lengua arrancado.

Gust. ¿La lengua? ¡Oh! Lo creo: (*Con ironia.*)

Tu valor pregona
la fama y tus hechos
son tantos que nadie
recuerda uno de ellos.

Almir. ¡No mas! Tu osadía
castigar prometo.

Mi muerte ó la tuya.

¿Lo entiendes?

Gust. Lo entiendo

¿Y en dónde te aguardo?

Almir. Aquí mismo espero.

Si noble ha nacido
no falte del puesto.

Gust. ¡Cobarde quien ama!
Vaya sin recelo,

que si es Almirante
yo soy caballero.

ESCENA X.

GUSTAVO.

Al fin he triunfado;
si de él hoy me vengo
será al alma mia
mas grato el destierro. (*El reloj suena la una.*)
¡La una! Ya es tarde.
Si soy descubierta
infame verdugo
cortará mi cuello.
¡Qué idea!... ¡Dios mio!
La vida es lo menos;
¡pero ay! ¡y la patria!
¡Y mi padre! ¡Cielos!
Por vengar á ambos
de este sitio debo
huir: es preciso.
Y mal caballero
pudiera á la cita
faltar? ¡Mas que veo!

(*Un máscara sale por la puerta de la izquierda, y se dirige hacia Gustavo*)

A mi se dirige.
¿Qué puede ser esto?

ESCENA XI.

GUSTAVO, y MAGNUS con trage de máscara.

Magn. (*Sivard.... el mismo Allí está.*)
(*Observando á Gustavo.*)

Sois perdido si no huis
al instante.

Gust. ¿Qué decis?
No os conozco. (¿Quién será?)

Magn. Soy Magnus.

Gust. ¿Magnus? (Gran Dios!)

Magn. El mismo.

- Gust.* (Si habrá sabido
por Blanca.....)
- (Se oye un confuso rumor, que parte del salón iluminado.)
- Magn.* ¿No habeis oído?
- Gust.* ¡Qué rumor!
- Magn.* Le causais vos.
Sabe el Rey vuestra llegada.
- Gust.* ¡Cielos!
- Magn.* Y os quiere prender.
- Gust.* Mas cómo pudo saber,....
- Magn.* Está la corte alterada.
- Gust.* Si he venido disfrazado
y entré de noche además.....
- Magn.* No importa, alguno quizás
os vió y os ha delatado.
- Gust.* (No hay duda mi nombre sabe,
Blanca se lo descubrió.)
- Magn.* Vengo á libertaros yo.
- Gust.* Vos, ¿cómo?
- Magn.* Con esta llave. (Se la dá.)
Con ella abrireis la puerta
de un jardín que fuera esta
de Stokolmo, y no será
vuestra ruta descubierta.
Vamos, partid sin demora,
la noche es oscura.
- Gust.* Bien,
- Magn.* guiadme.
Tomad tambien
un salvo conducto ahora.
Con él podeis caminar
sin riesgo.
- Gust.* En el corazon,
Magnus, tan sublime accion
grabada siempre ha de estar.
(Magnus abre la puerta de la derecha, y acom-
paña á Gustavo.)

ESCENA XII.

SIVARD.

Aun no ha vuelto el senador,
y el rey sabe mi venida.

Para libertar la vida

huir será lo mejor.

(*Se vá por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

BLANCA *sin el traje de máscara.*

¡Si estará aquí todavía! (*Buscando à Gustavo,*)

¡Santo cielo! ¿A dónde ha ido?

¡Gustavo! ¡Ah! Le ha perdido

para siempre el alma mía.

¿Dónde le podré encontrar?

Sin duda desafió

al Almirante; mas no

que á este en el baile vi entrar.

Y habló con el Rey que estaba

alterado; pero aquí

vuelve otra vez. ¡Ay de mí!

Tan pronto no le aguardaba.

ESCENA XIV.

BLANCA; y el ALMIRANTE, con la espada ceñida.

Almir. ¿Dónde se oculta, señora,
ese temido ribal!

(*Después de haber registrado el gabinete y visto à Blanca.*)

Blanca. No entiendo.

Almir. Fingis muy mal. (*Con furor.*)

Decidme, ¿do se halla ahora?

Blanca. ¿Que os lo diga yo? ¿De quién

hablais? ¿Que os ha sucedido?

Almir. ¿Por ventura habeis creido

engañarme hora tambien?

¿Donde está? ¿Teme cobarde

mi saña? Se oculta en vano,

que yo encontraré al villano

que de valor hizo alarde.

Tal vez ha huido. (*Le busca.*)

Blanca. ¡Gran Dios!

Almir. ¡Pero su nombre! ¡Su nombre! (*Con rabia*)

Blanca. ¿Qué decís?
Almir. ¿Quién es ese hombre,
 que se hallaba aquí con vos?
Blanca. ¿Conmigo!
Almir. ¿Lo negareis?
Blanca. Reportaos, Almirante.
Almir. El es, él es vuestro amante,
 y sin duda le escondeis.

ESCENA XV.

Los mismos, y CRISTIEN nobles, máscaras y guardias.

Blanca. ¡El rey!)
Almir. Señor....
Crist. Te buscaban.
 He descubierto, Almirante
 una traición.
Blanca. ¡Santo cielo!)
Almir. ¿Vuestra Magestad?
Crist. Si; nadie
 ha de salir del palacio
 de Magnus.
Almir. Pero que planes.....
Crist. Esta carta los rebela. (*Se la muestra.*)
 Mi tío para quitarme
 el cetro de Dinamarca,
 á uno de sus parciales
 hizo venir á mi córte,
 para que con otros frague
 la conspiración.
Blanca. ¡Dios mío!
 En donde estará mi padre!)
Crist. El enviado del Duque
 sé que se encuentra en el baile.
Todos. ¡En el baile!
Crist. Si la carta,
 me lo avisa. Con el traje
 de máscaras disfrazado
 aquí debe prepararse
 la trama infernal.
Almir. Que oigo!
 El máscara.... no me cabe

duda.

Crist. ¿Qué dices?

Almir. Conozco....

Crist. ¿A quién?

Almir. Al traidor infame
agente del duque.

Crist. ¡Oh! ¡Dicha!

Nómbrale pronto, y su sangre
haré que al punto el verdugo
en un cadalso derrame.

El, y todos los traidores
han de morir al instante.

¿Quién es? Dí.

Almir. Sin duda ha huido;
pero aquella puerta se abre.
y un máscara...

(*Magnus sale por la misma puerta que abrió al partir con
Gustavo.*)

ESCENA XV.

Los mismos, y MAGNUS.

Blanca. (¡Desgraciado!)

Magn. (Ya está en salvo.) (*Sin ver á los que le rodean.*)

Almir. El es; miradle. (*A Cristien.*)

Blanca. ¡Yo tiemblo!

Crist. Traidor, descubre
ese rostro.

Magn. Yo!..... (¡Amparadme (*Petrificado*)
cielos!) Señor..... (*Descubriéndose.*)

Crist. Que estoy viendo!
(*Movimiento de sorpresa general.*)

Almir. ¡Es Magnus!

Blanca. ¡Gran Dios! ¡Mi padre!

Crist. Ciertas fueron las sospechas
de tu traicion, miserable!

Magn. ¡Señor! Oidme

Crist. ¡Eh! Prendedle,

(*Rechazándole de sí, y dirigiéndose á los guardias.*)
y mañana muerte infame
le espera.

*Cristien se retira seguido de los nobles, y los guardias se
apoderan de Magnus).*

Magn. ¡Que horror!

Blanca. ¡Dios mio!

(*Después de abrazar á Magnus, y dirigiéndose al Almirante que vá á reunirse con Cristien.*)
Salvadle, señor, salvadle!

Almir. ¿Sereis mía? (*Bajo á Blanca*)

Blanca. ¡Oh! Lo juro. (*Pausa.*)

Almir. Pues no morirá.

Magn. ¡Almirante!

(*Habiendo oído el último verso y al llevarse los guardias.*)

Blanca. ¡Perdon Gustavo! ¡Te ofendo
para salvar á mi padre!

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.



JORNADA TERCERA.

La misma decoracion que en la primera. Las montañas se ven cubiertas de nieve.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL y ROBERTO *salen de su cabaña.*

Isabel. ¡Cuánta nieve! Ved cual cubre las montañas.

Roberto. Ya la he visto.
Compadezco al desgraciado que en ellas se haya perdido esta noche.

Isabel. ¡Oh! No hay duda que de compasion es digno. Si el pobre Carlos.....

Roberto. ¡Eh! Siempre pensando en tus amoríos. ¿Si nos amara, pudiera ingrato á nuestro cariño habernos abandonado? Bien paga los beneficios que le hice. Lo merezco por complacer los caprichos de una niña. ¿Y tu creías

:

que iba á ser tu esposo? ¡Lindo!
Ya ves que te has engañado.
A la verdad no me admiro,
porque en materia de amores
sucede á muchas lo mismo.

Isabel. Sois quizá sobrado injusto
con él.

Roberto. Cuando yo te digo
que uno te ama....

Isabel. ¿Y qué pruebas
teneis?

Roberto. ¿Sabes dónde ha ido?
¿Te lo ha descubierto acaso?
En fin, tengo mis motivos
para pensar de este modo;
pero nada se ha perdido,
Petersón será tu esposo.

Isabel. ¡Ah! ¿Petersón? ¿Qué habeis dicho? (*Afligida.*)

Roberto. Conozco que te conviene
este enlace. Un hombre rico,
respetado en el país,
y que te ama con delirio
¿no es eleccion acertada?
El otro, un desconocido
sin parientes, sin dinero,
esto es, sin un amigo,
porque amistad y riquezas
van juntas en este siglo,
¿qué porvenir te prepara?

Isabel. ¿Y por qué, padre querido,
mudásteis de parecer
tan pronto?

Roberto. No necesito
darte mas esplicaciones.
Tu padre soy, y confío
en tu obediencia: aquí viene (*Mirando hacia
dentro.*)
Petersón.

Isabel. El es. (¡Dios mio!) (*Id.*)

Roberto. Vamos, Isabel, ahora
mostrarte amable es preciso,
y para que mi presencia
no lo estorbe me retiro. (*Entra en la cabaña.*)

ESCENA II.

ISABEL. y PETERSON.

Peter. Feliz quien mira un momento
los soles de vuestros ojos,
si deponen los enojos
que son del alma el tormento.
Y pues yo los miro ahora
aunque airados, Isabel.....

Isabel. ¿Sois dichoso? (*Con malicia*).

Peter. Y vos cruel
con quien mas fino os adora.

Isabel. Nunca lo fui, Petersón.

Peter. ¿Hablaís de veras?

Isabel. Si tal.

No halaga el ageno mal
á mi tierno corazón.

Peter. Yo lo contrario creí,
perdonadme si os ofendo.

Isabel. A la verdad no comprendo
por que me juzgais así.

Peter. Tengo pruebas.

Isabel. ¿Vos de qué?

Peter. En vano disimulaís.

Isabel. No, que ignoro.....

Peter. ¿Lo ignorais?

Pues oid, y os las diré.
Hace un año, antes que fuera
á Stokolmo, imaginaba
que una persona me amaba
con fé constante y sincera.
De su dulce lábio oía
tantas protestas de amor,
que acento tan seductor
no creí me engañaría.
Era una niña inocente,
tal al menos la juzgué,
y no niego que la amé,
porque mi lábio no miente.
Pedí á su padre la mano
de la que adoraba ciego,
y ví que mi amante ruego
complació mucho al anciano.

Tuve entonces que partir
á Stokolmo, y al volver...
pero vos debéis saber
cuanto os pudiera decir.

Isabel. Lo adivino: de inconstante
quereis sin duda acusar
á la que pudo olvidar
á su mas rendido amante?
Teneis sobrada razon;
mas no os debe sorprender
sabiendo que es la muger
de mudable condicion.
Hay veces que amar soñamos,
y hay otras que lo decimos;
pero pocas lo sentimos,
aunque muchas lo juramos.
Y el que un año de su amada
vive ausente, ¿acaso espera
que esté cual la vez primera
tan tierna y apasionada?

Peter. Luego no negais...

Isabel. Que obré
como muger, eso sí:
Os amaba mientras os ví,
os fuisteis y os olvidé.
No ha sido la culpa mia.

Peter. ¿Pues de quién?

Isabel. ¿Lo habeis dudado?
Si aqui os hubiérais quedado
aun tal vez os amaría.

Peter. ¡Ah! ¿Qué decis?

Isabel. La verdad.
Nunca mi lábio ha mentido.

Peter. ¿Y pudo un desconocido
robarme vuestra beldad?
¿Un miserable estrangero!

Isabel. Reportaos, Petersón,
que habéis así no es razon,
sabiendo cuanto le quiero.

Peter. ¿Vos le quereis todavía?

Isabel. ¿Por qué no?

Peter. ¡Mi rival él!
Si hora le viera, Isabel,
el alma le arrancaría.

ESCENA III.

LOS MISMOS, y GUSTAVO *con traje de montañeses.*

Isabel. ¡ Cielos ! ¿ No es Cárlos ? (*Al verle.*)

Peter. (*¡Gran Dios! (Turbado.)*)

Gust. El mismo. ¿ Os ha sorprendido
mi venida?

Peter. (*(Si me ha oído...)*)

Isabel. Estaba pensando en vos.

Peter. Y yo también.

Isabel. Es muy cierto.

¡ Tanto le queréis ! (*Con intencion.*)

Peter. ¡ Oh ! Sí :

le quiero desde le ví,
y ya le lloraba muerto.

Isabel. Es verdad, en este instante
recuerdo que lo habeis dicho.
(*¡Qué falso!*)

Peter. No es un capricho
simpatizamos bastante.

Gust. Lo agradezco, y si algun día,
puedo servirlos, creed
que recibirá merced
en hacerlo, el alma mía.

¿ Y Roberto dónde está?

Isabel. ¿ Mi padre? A llamarle voy.

Mucho ha de alegrarse hoy
al veros. (*¿ Quién sabe? ¡ Ah !*) (*Con sentimiento.*)

Gust. No le llameis, antes quiero
hablar á Enrique: aquellos es.

(*Enrique aparece en la montaña.*)

Isabel. Petersón hasta despues,

En la cabaña os espero. (*Bajo á Gustavo.*)

Peter. (Algun secreto hay aquí.

¿ Qué tienen los dos que hablar?

Si yo pudiera escuchar....

¡ Oh ! Es fácil desde allí.

(*Se colocá detras de la cabaña sin verle Gustavo.*)

ESCENA IV.

GUSTAVO y ENRIQUE.

Gust. ¡ Enrique ! (*Corriendo á sus brazos.*)

Enriq. ¡Gran Dios! ¡Qué veo!
 ¡Querido amigo! ¡Gustavo!
 ¿Después de tan larga ausencia
 al fin te estrecho en mis brazos?
 ¿De dónde vienes? ¿Qué riesgos
 has corrido separado
 de tú Enrique?

Gust. ¡Amigo mío!
 ¡Lejos de ti sufrí tanto!
 Pero he visto al ángel bello
 de mis ensueños dorados,
 la que hace grata la vida
 del infeliz desterrado.
 ¡Qué hermosa estaba!

Enriq. ¿Qué dices?
 ¿Otra vez pudiste acaso
 ver á Blanca?

Gust. Si.

Enriq. ¿Y dónde?

Gust. En Stokolmo.

Enriq. ¡Insensato!
 ¿En la corte penetraste?
 ¡Cómo hiciste, temerario!
Gust. ¡Ah! Por mirarla un momento
 mil vidas hubiera dado.
 Apenas llegué á Stokolmo
 pude saber, que el anciano
 senador Magnus, su padre
 preparaba en su palacio
 un festin para obsequiar
 al déspota y sus esclavos;
 y tal confusion reinaba,
 que yo entonces disfrazado
 de máscara entré con ellos;
 cuando estemos mas despacio
 todo lo sabrás. Ahora
 dime, ¿qué has adelantado
 en nuestro plan?

Enriq. Te aguardaba
 para que juntos podamos
 ponerle en ejecucion:
 Todo se halla preparado
 al efecto; los mineros
 de esta comarca inflamados
 por el amor á su patria,
 solo esperan que Gustavo

al combate los dirija.

Gust. ¡ Al fin , Enrique , ha llegado
el día de la venganza !

Yo tambien he penetrado
en las minas mas profundas ,
y al montañés recordando
las glorias de sus mayores ,
en su alma el entusiasmo
despertó , y anhela todos
sacudir un yugo extraño.
A esta cabaña muy pronto
llegarán , y es necesario
que convoques á los tuyos
tambien á este sitio.

Enriq. Vamos.

Gust. Te espero alli. Cuando todos
(*Señalando la cabaña.*)
se reunan.....

Enriq. Yo me encargo
de avisarte.

Gust. Adios , Enrique.
(*Vuelven á abrazarse, y Enrique sube à la mon-
taña.*)

¡ Oh ! ¡ Padre ! Sereis vengado ,
y á ti tambien patria mia
libertaré de un tirano ! (*Entra en la cabaña.*)

ESCENA V.

PETERSON.

¡ Ola ! ¿ Son nobles ? Me alegro.

¡ Vive Dios , señor Gustavo ,

que sabré vengarme ahora

de los celos que me has dado !

(*Vase por la derecha, y por la izquierda sale Magnus.*)

ESCENA VI.

MAGNUS.

Esta es la cabaña. En ella
con Blanca estuve : ¡ hija mia !

Entonces yo no creia
se oscureciese mi estrella.

Del viage estoy tan rendido
 que quisiera descansar;
 pero no me atrevo á entrar
 temiendo ser conocido.
 Si al déspota que desea
 mi muerte, fuera entregado.....
 un suplicio... ¡desgraciado!
 ¡Ah! Me horroriza esta idea.
 En aquel banco podré
 recostarme y al momento
 seguir mi viage. Me siento
 pues nadie ahora me vé.

ESCENA VII.

ISABEL y MAGNUS.

Isabel. Qué desengaño, ¡Dios mio!
(Sin ver á Magnus que permanece recostado en el banco de piedra.)

Mi padre tiene razon.

El me olvida, y Petersón
 me quiere con desvarío.

Pero un hombrea., ¿quién será? *(Vé á Magnus.)*
 Sin duda algun estrangero.

¡Y el traje es de caballero! *(Acercándose.)*

Magn. *(No puedo ocultarme ya.)*

¡Me ha visto! ¡suerte maldita! *(Se levanta.)*

Isabel. *(Me parece conocer...)* *(Mirándole atentamente.)*

Magn. *(La montañesa ha de ser
 que en esa cabaña habita:*

¿Qué temo? La voy á hablar.

Isabel. *(Se acerca. ¿Qué irá á decir?)*

Magn. Tan solo os vengo á pedir
 me permitais descansar.

Isabel. Nuoca mi padre al viagero
 la hospitalidad negó;
 mucho menos cuando yo
 os conozco, caballero.

Magn. *(Me conoce.)* ¿Qué decís?

Isabel. ¿Os sorprende?

Magn. Si, pardiez.

Isabel. Pues no es la primera vez
 que á esta cabaña venis.

Magn. ¿Cómo? (*aparentando distraccion.*)

Isabel. ¿Os habeis olvidado
por ventura de aquel día
en que buscabais un guía
por prender á un desgraciado?

Magn. Es verdad. Entonces era
feliz, y no imaginaba
que la dicha que soñaba
hoy conmigo ingrata fuera.

Isabel. Acaso os abandonó
la fortuna?

Magn. Fué traidora.

Isabel. ¡Ah! Plegue al cielo que ahora
os pueda ser útil yo.
Estoy tan agradecida
á vuestra hija....

Magn. ¿Qué escucho!
Pues si la quereis...

Isabel. ¡Oh! Mucho.

Magn. Salvad al padre la vida.

Isabel. ¡Dios mío! ¿Por qué temeis?

Magn. De la prision dó sumido
estaba, solo he podido
escapar como me veis.

Debe infundir este trage
sospechas, y ruego á vos
que me deis otro por Dios!
para continuar mi viage.

Isabel. ¡Desgraciado! os le dará
mi padre, venid conmigo!

Magn. ¿No hay nadie? (*Señalando la cabaña.*)

Isabel. Solo un amigo
que ahora, durmiendo estará.

Magn. Pues si acaso me ve...

Isabel. No temais. Recuerdo ahora
que de la amable señora
vuestra hija me olvidé.

Grande será su tormento.

Magn. A Dinamarca partiò
con mis parientes, y yo
reunirme con ella intento.

Isabel. Entrad, y el cielo propicio
reuna pronto á los dos.

Magn. Y pague también á vos.
tan genoroso servicio. (*Entran en la cabaña.*)

ESCENA VIII.

JORGE, JACOBO, *y varios mineros* *descienden de la montaña.*

Jorge. Aquí nos ha dicho Enrique
le esperemos, camaradás.

Jacobo. ¿Tardará mucho?

Jorge. No, pronto
venir debe á la cabaña
de Roberto.

Jacobo. En ese caso
entremos en ella.

Jorge. Aguarda.
Conviene no abandonar
este sitio.

Jacobo. ¿Porque causa?

Jorge. Bien sabeis que en Hemodora,
que es la villa mas cercana
hay guarnicion, y es preciso
contra cualquier emboscada
estar alerta.

Un min. Bien dice.

Jorge. Nuestros compañeros de armas
los que habitan en el valle
de Gevál y sus montañas
deben llegar al momento,
segun Enrique me acaba
de decir.

Un min. ¿Y cuándo viene
el gefe?

Jorge. ¿Quién?

Un min. Ese Wasa,
ó Gustavo, ó como quiera
que se llame.

Jorge. Tened calma.
Enrique me ha prometido
que antes de una hora sin falta,
entre nosotros veremos
á ese héroe.

Jacobo. Si él nos manda
es segura la victoria.

Jorge. Su valor en las batallas

conoce todo la Suecia ,
 y cuando sepa que trata
 del yugo de un extranjero
 usurpador libertarla ,
 todo el que sienta en sus venas
 hervir sangre , sangre avara
 de libertad y de gloria ,
 ¿podrá ver con fria calma ,
 sin lanzarse á la pelea
 la esclavitud de su patria ?
 ¿Pudiera ser algun Sueco
 capaz de tan torpe infamia ?

Jacobo. No, ninguno. Todos ellos
 acudirán á las armas ,
 y arrojaremos del trono
 á ese tirano Monarca.

Jorge. Venceremos , porque es justa
 de la libertad la causa ,
 y Dios defiende á los pueblos
 que lidian por conquistarla.

ESCENA IX.

Los mismos, MAGNUS disfrazado de montañés y ROBERTO.

Magn. Gracias anciano. ¿Qué veo!
(Viendo á los mineros.)

Roberto. (Por estos no temais nada. *(Bajo á Magnus)*
 Son mineros.. .) ¿Ola, Jorge!
 ¿Qué haceis aquí camaradas?

Jorge. ¿Esperais á Petersón?
 ¿A Petersón? ¡Buena alhaja!
 No, necesitamos ver
 á semejante canalla.

Roberto. Como te atreves á hablar
 así de quien.....

Jorge. No nos paga.
 ¿Es esto amigo Roberto
 lo que ibas á decir? ¡Galla!
(Observando á Magnus.)

Magn. ¿Quién es ese? *(Bajo á Roberto.)*
(Ya me observan.)

Roberto. ¿Cuál Hombre?

Jorge. El que te acompaña.

Roberto. Eres curioso á fé mia.

Jorge. No lo soy, las circunstancias obligan á veces..... vamos dime quien és.

Magn. (De mi hablan.)

Roberto. Voy á complacerte, Jorge; aunque á la verdad me enfada que quieras saberlo todo. Es un montañés que acaba de llegar.

Jorge. ¡Cómo! ¿Ahora mismo?

Roberto. Sí, por cierto. ¿No reparas que está cansado?

Jorge. Sin duda.
Y si el trage no me engaña, me parece que ha de ser del valle de Geval.

Roberto. (Gracias.
Es el mio, y....

Jorge. Dime, ¿viene de aquel valle?

Roberto. (¡Qué machaca!)
Creo que sí.

Jorge. ¡Compañero!
(Dirigiéndose á Magnus.)
Venga esa mano.

Magn. Tomadla.

Jorge. Al momento he sospechado que eras de los nuestros.

Roberto. ¡Vaya! (Con intencion.)
Tienes un talento.....

Jorge. ¿Y cuándo vienen los otros? Ya tardan (A Magnus)
mucho.

Magn. ¡Es verdad! (Yo respondo y no entiendo una palabra.)

Jorge. También tarda demasiado el gefe Gustavo Wasa.

Magn. (¡Gran Dios! De conspiradores estoy rodeado.)

Jorge. Saca (A Roberto.)
cerveza para la gente que viene á honrar tu cabaña. Debes una vez al menos ser generoso.

Roberto. (Mal haya.

esa lengua.)

Jorge. ¿Qué murmuras
entre dientes? ¿No te agrada
la idea?

Roberto. (Si no les saco
cerveza, van á pegarla
conmigo.) Ya voy por ella.

Varios mineros. ¡ Viva Roberto !

Roberto. Mil gracias. (*Con ironía entrando en la cabaña.*)

ESCENA X.

*Los mismos menos ROBERTO, ENRIQUE y varios
montañeses se distinguen a lo lejos.*

Jorge. ¡Ea! Alegrarse muchachos.
Desterrad de vuestras almas
la tristeza, que ya vienen
si la vista no me engaña
los del valle de Gevál.

Min. Es cierto, por allí bajan.

Magn. (En vano intento escaparme.)

Jacobo. Y Enrique los acompaña.

Jorge. ¡Vivan los de Gevál!

Mineros. Vivan.

(*Al bajar de la montaña Enrique, y los suyos.*)

Enriq. He cumplido mi palabra.
No direis que os he engañado.

Jorge. Tienes razon. Ahora falta
que nos presentes al gefe.

Enriq. Pronto le vereis (*Entra en la cabaña.*)

ESCENA XI.

*JORGE, JACOBO, mineros, montañeses, ROBERTO,
é ISABEL que trae un jarro de cerbeza, y unos vasos.*

Roberto. Dales de beber.

Jorge. Bien, hombre.

(*Dándole una palmada en el hombro.*)

Te has portado con bizarra
generosidad. ¿Tu hija
es tan amable que trata

de servirnos la cerbeza?

Isabel. Como mi padre lo manda.... (*Les echa de beber.*)

Jorge. Es decir que no lo haces
con gusto?

Isabel. No digo nada.

Jorge. No lo extraño. Si estuviera
Carlos por aquí.... ¡Buen maula!
Se marchó sin que sepamos
donde, ni como....

Isabel. Despacha.

Jorge. A la salud de las bellas; (*Brinda.*)

mas no, primero es la patria.

A la libertad de Suecia. (*Beben.*)

¿No bebes tú, camarada? (*Observando que no
tiene vaso Magnus.*)

Isabel. Su camarada ha llamado
á un senador!

Magn. (¡Ah!) (*Petrificado.*)

Roberto. ¿Qué hablas! (*A Isabel.*)

Todos. ¡Es senador! (*Rodean á Magnus.*)

Magn. (¡Soy perdido!)

Isabel. (¡Maldita lengua!)

Roberto. ¿Qué acabas
de decir? (*A Isabel.*)

Jorge. ¿No es de Gevál? (*A un Montañés señalando á
Magnus.*)

Mont. Aunque conozco esa cara
no es allí donde la he visto.
No ha mentido la muchacha;
es extranjero.

Magn. (¡Dios mío!

Jorge. Un Dinamarqués se halla
entre nosotros!

Mineros. Que muera.

Magn. Compadece la desgracia.
Yo tambien soy perseguido
por la crueldad del Monarca
á quien odiais.

Jorge. Aunque sabes
fingir bien, no nos engañas.
Un lobo no muerde á otro,
pues solo ceba sus garras
Cristián en el pobre pueblo
de estrangera aristocracia
vil juguete, y que hoy hollado
se vé por sus torpes plantas.

Nosotros somos del pueblo
 á quien traidores ultrajan
 por no hervir en nuestras venas
 sangre que á la suya iguala.
 Es verdad, no son iguales:
 que ellos cobardes la guardan,
 y nosotros la vertemos
 en defensa de la patria.

Un Minero. Muera el Dinamarqués.

Todos. Muera.

Magn. ¡Por piedad! Yo vuestra causa
 quiero defender.

Jorge. ¿Qué has dicho?

Para defenderla basta
 nuestro valor. No queremos
 que enemigos de la patria,
 extrangeros que han venido
 otro tiempo á esclavizarla
 hora la liberten.

Mineros Muera.

(*Al tiempo de sacar los puñales los Mineros y
 de dirigirlos contra Magnus, sale Enrique.*)

Enriq. Mirad á Gustavo Wasa.

ESCENA XII.

Los mismos, GUSTAVO de grande uniforme, y ENRIQUE.

Todos. ¡Gustavo Wasa! (*Al verle dejan á Magnus.*)

Roberto é Isabel. ¡Es Carlos! (*Asombrados.*)

Gust. ¡Montañeses!

Gustavo soy: el mismo que en las minas
 trabajó con vosotros: Fui minero
 bien lo sabeis: el traje que me cubre
 guardó Enrique mi amigo y compañero
 al llegar á estas rústicas montañas.
 El rebela mi nombre que harto tiempo
 ignorado vivió. Si sois valientes
 y os inspiran los déspotas encono,
 de estas rocas saliendo cual torrentes
 que los diques destruyen, de su trono
 arrojemos al bárbaro asesino
 de nuestra libertad. Con la tardanza

el peligro se aumenta,
y si quereis vengaros

Mineros. ¡ Si, venganza!

Gust. ¡ No mas esclavitud, no mas afrenta!
La Suecia que otro tiempo independiente
respetada se vió del orbe entero,
hoy de extrangera gente
cobarde sufre el despotismo fiero.
¿ Dónde está el esplendor, dónde la gloria
que hubo de sus mayores heredado?
Tal vez muy pronto se verá en la historia
hasta su nombre de Nacion borrado.
¿ Legaremos acaso á nuestros hijos
eterno deshonor, eterna infamia
para escuchar desde la tumba fria
la justa maldicion de nuestro nombre
por sufrir tan impura tiranía
y envilecer la dignidad del hombre?
¿ Lo podeis consentir, Suecos valientes!
En vuestros rostros veo
la indignacion pintada al recordaros
los males de la patria; en ellos leo
tambien el entusiasmo que os anima.

Jorge. No os engañais, Señor. Los montañeses
anhelan el combate, y no abandonan
á sus gefes jamás: no les arredran
los riesgos ni el morir, solo ambicionan
á la patria salvar cuando los llama,
para que un dia poderosa y libre
de Nacion en Nacion vuele su fama.
Entre nosotros se halla un estrangero:
miradle aquí Señor; sin duda espia
del tirano será.

Magn. (Sonó la hora
de mi muerte. ¡ Gran Dios! ¡ Pobre hija mia!)
Vuestra piedad un desgraciado implora.

(A Gustavo.)

Gust. Ese rostro... ¡ que miro! ¿ Y vuestro nombre?

Magn. Jamás le negué yo. Magnus me llamo.

Gust. ¿ Magnus sois vos? ¡ Ah! El cielo quiere
que pueda pagar hoy el beneficio
que otro tiempo me hicisteis. Sí, mineros!
Magnus me ha libertado del suplicio.
En Stokolmo le debí la vida,
pues sabiendo Cristién que me encontraba
en un festin, mi muerte meditaba,

y Magnus me salvó.

Magn. ¡ Qué escucho ! ¡ El era !)

Jorge. No merece morir quien ha tenido
la dicha de salvaros.

Mineros. Viva Magnus.

Magn. ¡ Dios de bondad ! La vida os he debido,
¡ generoso Gustavo ! Voy huyendo
del déspota Cristién , y en Dinamarca
dó me espera una hija á quien adoro,
rogaremos los dos al santo cielo
que aumente vuestra gloria, libertando
á la Suecia infeliz.

Gust. Tan solo anhelo
que á esa hija digáis, Gustavo Wasa
jamás á sus promesas ha faltado,
juró recompensar el beneficio
que otro tiempo le hice, y me ha salvado.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, PETERSON, *un oficial*, y *soldados*.

Peter. Mirad á los traidores.

(*Al oficial señalando á Gustavo, y los mineros.*)

Gust. ¡ Miserable ! (*á Peterson.*)

Oficial. Daos á prision. (*A Gustavo.*)

Jorge. ¡ Qué escucho ! ¡ Montañeses !
¿ Pudierais consentir nos arrebatén
al gefe que elegimos ?

Mont. No ; primero
pereceremos todos.

Oficial. Pues que mueran.

(*El oficial y los soldados se dirijen contra los montañeses, y Gustavo se coloca entre ellos.*)

Gust. ¡ Qué vais á hacer , soldados ! Vuestro acero
osáreis esgrimir contra la patria,
y combatiendo hermanos contra hermanos
su sangre derramar ! Es imposible
que puedan defender á los tiranos
los hijos de la Suecia desgraciada.
Hijos del pueblo sois , y al pueblo unidos
recobrad los derechos que os usurpa
la turba de extranjeros corrompidos
que venden la Nación. ¿ No os avergüenza
ser instrumentos de su vil codicia ?

Si hierve sangre libre en vuestras venas,
y quereis adquirir inmortal nombre
arrojad las cadenas
al rostro de Cristién.

Oficial. Sí: lo queremos.

Soldados. ¡ Viva la libertad !

Miner. Viva Gustavo.

Gust. A tan dignos hermanos abracemos.

(Los soldados y los montañeses se abrazan.)

Jorge. El delator infame muera ahora.

Gust. Detencós.

Peter. Señor... *(Arrojándose á los pies de Gustavo.)*

Gust. Sed generosos,
perdonádle tambien. *(A los montañeses.)*

Jorge. La vida os debe.

Peter. Cómo podré pagaros...

Gust. Basta, y sabe *(Le alza del suelo.)*

que no olvido jamás al que es alevé.

Os oigo, padre mio, y vuestros maues
aplacados serán. ¡ Hijos de Suecia !

Al combate volemós.

(A los mineros y soldados sacando el acero.)

Un porvenir de gloria nos aguarda,
y á la Europa y al Mundo enseñarémos
que los tiranos son cobardes mónstruos
cuyo cetro de hierro rompe altiva
la Nación que conoce sus derechos.
¡ Viva la independendia, Suecos !

Todos.

¡ Viva !

FIN DE LA JORNADA TERCERA.



JORNADA CUARTA.



La cárcel de Stokolmo. Una sala de descanso para los presos. Dos puertas laterales, y una en el fondo que conduce á una capilla. Una ventana al lado de la puerta de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

EL ALCAIDE, *y el MOZO de llaves con un manojo de ellas en la mano,*

Alc. ¿Has cerrado bien la puerta
de la prision?

Mozo. Descuidad.

Os aseguro que ahora
no ha de volverse á escapar
el pájaro.

Alc. En ti confio.

Fortuna fué nuestra asaz ,
que al saber Cristién su fuga
no nos mandase colgar.

Mozo. Tanto lo temió mi cuello,
que por él no daba un real.
Pero poco le ha valido
al pobre Magnus andar
tantas leguas, pues al punto

que llegó á su patria, zás,
me le prenden, y otra vez
os han hecho su guardian.
Parece que el mismo diablo
se conjura contra el tal
ex-senador.

Alc.

Lo merece
por la traicion infernal
que tramaba contra el Rey.

Mozo.

¿Y cuál el premio será
de tan heróico servicio?

Alc.

Un cadalso, y un dogal.

Mozo.

¡Friolera! Y la sentencia
creeis que pronto....

Alc.

Quizás

se verifique mañana.

Mozo.

Vamos, no es mucho tardar.

Alc.

¡Quién sabe! Los enemigos
han sitiado la ciudad,
y temo.....

Mozo.

¿Qué al fin se rinda?

Alc.

Es fácil: por tierra y mar
sitiados, nos faltan víveres,
y ese Gustavo además
en los arrabales tiene
partidarios.

Mozo.

¡Voto á tal!

¡Ese Wasa es el demonio!

En un año ó poco mas
ha ganado cien victorias
al ejército real,

y á las puertas de Stokolmo

se encuentra hoy. ¡Muy malo vá!

Alc.

Galla: el señor Almirante.

Mozo.

(Si lo oyó me manda ahorcar.)

ESCENA II.

Los mismos, y el ALMIRANTE.

Almir.

Traed el preso á este sitio.

Alc.

Vuestras órdenes serán
obedecidas, señor.

(*Vanse por la puerta de la izquierda el alcaide
y el mozo de llaves.*)

ESCENA III.

EL ALMIRANTE.

Para poderle salvar
solo hay un medio; que Blanca
me dé su mano y quizás
lo consiga. El tiempo urge:
si vencedor llega á entrar
en Stokolmo Gustavo,
¿quién libertarme podrá
del suplicio? ¡Oh! Todavía
defiendo yo la ciudad,
y mientras brille mi acero
sus muros no ha de pisar.

ESCENA IV.

EL ALMIRANTE, *el* ALCAIDE, y LLAVERO *que traen*
á Magnus.

Alc. Aquí le teneis, señor.

Almir. Retiraos.

Alc. Bien está.

ESCENA VI.

MAGNUS, *y el* ALMIRANTE.

Magn. ¡El Almirante!

Almir. ¿Os sorprende
que me halle en este lugar?

Magn. Como en dos meses lo menos
no he tenido dicha igual,
al veros dudo el motivo
que os obliga á visitar
á un desgraciado que gime
en una prision.

Almir. ¿Dudais
que soy vuestro amigo? Fuera
agraviarme.

Magn. Perdonad.

Tan ligera es mi memoria , (*Con ironia*)
 que no puedo recordar
 los favores que sin duda
 le debo á vuestra amistad,
 Solo recuerdo que estoy
 en calabozo infernal
 sumido , y que de mi hija
 me han separado además.

Almir. Hoy la vereis.

Magn. ¡ Santo cielo !
 ¿ Será posible ?

Almir. Escuchad.
 Los rebeldes han sitiado
 á Stokolmo.

Magn. Lo sé ya.
 ¿ Y qué intentais ?

Almir. Defendernos
 hasta morir , y al mirar
 que son sus esfuerzos vanos
 sin duda alguna alzarán
 el sitio ; pero otro asunto
 me trae á veros.

Magn. Hablad.

Almir. Federico en Dinamarca
 se acaba de coronar ,
 y Cristién vengarse anhela
 de los traidores que el plan
 del duque han favorecido.

Magn. ¿ Qué decis ?

Almir. Hoy mismo.....

Magn. ¡ Ah !

Almir. No quiero ocultaros nada.
 Dispuesto el suplicio está....

Magn. ¡ Gran Dios ! Y acaso mi muerte.....

Almir. ¡ Lo acertásteis.

Magn. ¡ Por piedad !

Si sois mi amigo , salvadme.

Almir. Una prueba os quiero dar
 de que lo soy. Es preciso
 que la promesa cumplais
 que al Rey hicisteis , y al punto
 seréis puesto en libertad.

Magn. ¿ No hay otro medio ?

Almir. Ninguno.

Contra vos furioso está
 el Monarca , y solamente

si la mano me entregais
de vuestra hija , me atrevo
de su cariño á alcanzar ,
perdone la vida al padre
de mi esposa. Meditad
lo que os conviene.

Magn. ¡Mi hija !

¿ Y la he de sacrificar ?

Prefiero morir.

Almir. Bien , Magnus.

Adios. (*Retirándose.*)

Magn. ¡ Cielos ! ¿ Dónde vais ?

Almir. A cumplir lo que ha ordenado
el Rey.

Magn. ¡ Dios mio ! Aguardad.

¿ Y no hay remedio ?

Almir. No le hallo.

Vuestra muerte ó....

Magn. ¡ Qué crueldad !

Blanca. (*Dentro*) Esta órden me permite
en su calabozo entrar.

Dejadme.

Magn. ¡ Cielos ! ¡ Mi hija !

Almir. Esta es la ocasion.

Magn. Jamás.

Yo no puedo..... habladla vos.

Ella viene.

Almir. ¿ Os retiráis ?

Magn. Tranquilo aguardo , Almirante ,
mi sentencia. ¡ Qué horror ! ¡ Ah !

(*Magnus se vá por la puerta de la izquierda , y por la
de la derecha sale Blanca.*)

ESCENA VI.

BLANCA , y el ALMIRANTE.

Blanca. ¡ Os veo al fin , padre mio !

Almir. No me deis tan dulce nombre.

Blanca. ¡ Cielos ! ¿ Quién sois vos ?

(*Iba á abrazarle y retrocede.*)

Almir. Un hombre ,
que os ama con desvario.

Blanca. ¡ No bí !

Almir. El mismo , señora.

No me mireis con enojos,
 que esclavo de vuestros ojos
 el corazon os adora.
 Y fuera mucho rigor
 ver airados sus destellos
 cuando sabeis que son ellos
 por quienes muero de amor.
 No seais, Blanca, cruel.

Blanca. No imaginaba encontrar
 al venir á este lugar
 quien de amor me hablara en él.

Almir. Luego mi presencia aqui
 os es importuna?

Blanca. ¡ Ah! No:
 mi labio no pronunció
 tal palabra.

Almir. Ya lo oí.
 Pero sospechar podria
 mirando vuestro semblante,
 que no os agrada bastante,
 señora, mi compañía.

Blanca. Si venís á visitar
 á mi padre, caballero,
 solo suplicaros quiero
 que mitigueis su pesar.
 Decidle que de Cristién
 alcanzareis su perdon,
 y pronto de esta prision
 ha de salir.

Almir. Está bien.
 Siempre, Blanca, fué mi objeto
 á vuestro padre salvar.

Blanca. ¿Y lo podreis alcanzar?

Almir. Si me ayudais lo prometo.

Blanca. No entiendo... ¿Ayudaros yo?
 Decidme: ¿qué puede hacer
 esta infelice muger?

Almir. Cumplir lo que prometió.

Blanca. (¡ Dios mio!) (*Turbada.*)

Almir. No era mi intento
 que os sorprendierais, señora,
 al recordaros ahora
 un sagrado juramento.
 ¿No me jurásteis un dia
 ser mi esposa?

Blanca. (¡ Qué sorpresa!)

Almir. Cumplidme vuestra promesa,
y yo cumpliré la mía.
¿Suspirais? ¡Ah! También miro
en vuestros ojos el llanto.
¿Por qué me aborrece tanto
la hermosa por quién deliro?
¿Ignora que por su amor
al Monarca he suplicado,
y el suplicio ha dilatado
que amenazaba al traidor?

Blanca. ¡Mi padre!

Almir. Vive por mí.
¿Y lo ignorabais también?
Solo por vos de Cristián
en el enojo incurrí.
Pero hoy mismo ha decidido
que muera Magnus, y nada
le hará variar.

Blanca. ¡Desgraciada!
¿Será cierto lo que he oído?
Morir mi padre..... ¡Gran Dios!
¡Y hoy mismo! ¿Qué estais diciendo?
¿Le abandonareis sabiendo
que solo confía en vos?
¡Imposible! ¡Por piedad!
Sed generoso Norbí,
salvadle y....

Almir. ¿Me amareis?

Blanca. Si. (*Haciendo un esfuerzo.*)
(¡Murió mi felicidad!)

Almir. ¿Qué oigo? Repite, hermosa,
esa mágica palabra,
y mi amante dicha labra
con tu mirada amorosa.
Harto tiempo tu desdén
desgarrará el alma mía,
cuando un rival pretendía
robarme mi dulce bien.
Harto tiempo en mi delirio
bebí el cáliz de los celos,
víctima de sus desvelos,
y de su amargo martirio.
Pero al fin me haceis dichoso,
y seré el libertador
de vuestro padre.

Blanca. ¡Ah! ¡Señor!

Almir. Hoy mismo seré tu esposo.

Blanca. (¡Dios mío! ¡No hay esperanza!)

Almir. A Cristiën voy á buscar.
¿Quién puede á Magnus salvar
si mi ruego no lo alcanza?
Pronto volveré, señora,
á vuestro lado anhelante,
que es un siglo cada instante
para el alma que os adora...

ESCENA VII.

BLANCA.

¡Ser suya! ¿Qué he pronunciado?
Mintió mi lengua, mintió.
¿Y mi padre? ¿Y Wasa? ¡Oh!
¡Y la fé que he jurado!

ESCENA VIII.

MAGNUS, y BLANCA.

Magn. ¡Blanca! ¡Blanca! (*Abrazándola.*)

Blanca. ¡Cielo santo!
¡Qué miro! ¡Padre del alma!

Magn. ¿Llorabas?

Blanca. Os amo tanto,
que al veros cesa mi llanto
y al pecho vuelve la calma.
Estais á mi lado y creo
que es ilusion.

Magn. ¡Hija mía!

Blanca. Se logró al fin mi deseo;
pero ¿dónde, dónde os veo?
En una cárcel sombría.
¡Ah! ¿Cuanto habreis padecido
en esta negra mansion
por donde vaga perdido,
sin hallar eco el gemido
del mas tierno corazon?

Mag. Dices bien: suerte traidora
aumenta mis fieros males,
pues en tres meses cabales

una hora, y otra hora
 son á mi tormento iguales.
 Alla en un lóbrego encierro
 sepultado, Blanca mia,
 solo veo en mi agonía
 que negras puertas de hierro
 me roban la luz del día.
 Y cuando al sueño entregado
 pienso cesar de sufrir
 me atormentan, desgraciado,
 recuerdos de lo pasado,
 y sombras del porvenir.
 Que en continuo padecer
 se agita la fantasía,
 mirando al tiempo sorber
 un día tras otro día,
 y que hoy es igual á ayer.
 ¿Pero quién te ha permitido
 entrar?

Blanca. Una orden me dió
 el Almirante, y juró
 que pronto, padre querido,
 saldreis de aquí.

Magn. ¿Libre yo?

Blanca. Sí, sereis libre, y yo esclava.

Magn. ¿Qué dices?

Blanca. Hoy el tirano
 un suplicio os preparaba,
 mas vuestro crimen se laba
 si doy á Norbí mi mano.

Magn. Y pretendes....

Blanca. Perdonad
 si he vacilado en mi intento,
 porque es horrible tormento
 mirar la felicidad,
 y no tocarla un momento.
 Aun no podreis comprender
 cuán inmenso sacrificio
 por vos hago. Es mi deber!
 Destruyo vuestro suplicio
 y eterno el mio ha de ser.

Magn. Que causa...

Blanca. No debo ya
 ocultaros un secreto
 que en mi alma grabado está.
 Gustavo....

Magn. ¿Qué? (Estoy inquieto.)

Blanca. Me adora, y le adoro.

Magn. ¡Ah! (Como herido de un recuerdo.)

Blanca. Si, padre. Desde que le ví
en nuestra patria le amé,
y vos no estabais allí,
y á la vuelta os oculté
lo que en mi pecho sentí.
Os lo iba á rebelar
cuando huir á Dinamarca
lográsteis. ¡Vano anhelar!
Que os prendieron al llegar
los espías del Monarca.

Magn. ¡Gustavo! ¡Cielos! Y yo
la libertad le he debido.

Blanca. El á vos, padre querido,
tambien la suya debió.

Magn. Es cierto: ya lo he sabido.
¡Desgraciada!

Blanca. Decís bien.
Quién mas infelice, quién,
si es mi estrella tan fatal
que apenas sueño un Edén
despierto en brazos del mal?

Magn. ¿Y le amas tanto?

Blanca. ¡Ah! ¡Señor!

Le adoro con desvarío,
que él es mi primer amor,
y me lo arrebató impío
de la fortuna el rigor.
Cuando ausente le lloraba
pensando que volvería
mi pena se mitigaba,
y la ardiente fantasía
bello porvenir soñaba.
Pues sin borrarse un momento
su imágen de mi memoria
creía escuchar su acento,
meciéndose el pensamiento
en sueños de oro y de gloria.
Y cuando vuelve triunfante
henchida su alma de amor
¿He de ser del Almirante?
¡Dios mio! Dadme valor
para olvidarle un instante.
¡Y he de ver desvanecida

la ilusion que anhelo tanto.

La esperanza de mi vida!

Magn. Por piedad, hija querida,
enjuga el amargo llanto.

Blanca. Si le pierdo y él me ama
que lllore, padre es razon,
porque las lágrimas son
la sangre que se derrama
del herido corazon.

ESCENA IX.

Los mismos, y el ALCAIDE.

Magn. ¿Qué quereis?

Alc. Vengo à poneros
en libertad.

Blanca. ¡Qué he oido!
¿Será posible?

Alc. El señor
Almirante me lo ha dicho,
y debo cumplir las órdenes
que me ha dado: este es mi oficio.

Magn. A ti tan solo, hija mia,
soy deudor..... ¡pero qué miro!
¿Vacilas ya? ¿Te estremece
el inmenso sacrificio,
que por la vida de un padre
intentas hacer?

Blanca. (¡Dios mio!
¡Dadme fuerzas para ello!)

Alc. ¿En libertad? Vive Cristo,
que debeis estar ahora
en estremo agradecido
á quien le ha dado la gana
de morirse. ¡Buen capricho!

Magn. ¿Qué dices?

Alc. Voy á contaros,
pues lo ignorais, el motivo
por el cual segun parece
se muestra el Rey tan benigno.
Un espía que ha llegado
del campo del enemigo
afirma que ha muerto.....

Blanca. (¡Cielos!

Si será ¡.....)

Magn. ¿Quién?*Alc.* El caudillo
de los rebeldes.*Blanca.* ¿Qué escucho! (*Petrificada,*)*Magn.* ¿Hablaís de Gustavo?*Alc.* El mismo.*Blanca.* ¡Santo Dios! Pero decidme.....*Alc.* No puedo mas, oigo ruido.

Es el señor Almirante.

(*Mirando hacia la puerta de la derecha.*)*Magn.* ¡El Almirante! Es preciso (*A Blanca bajo.*)
que no descubra en tu rostro
la señal.....*Blanca.* ¡Qué horror!*Magn.* No exijo
te sacrifiques por mí.*Blanca.* ¡Y he de ver vuestro suplicio!
¡Gustavo! Gustavo ha muerto,
y yo que le adoro vivo.

ESCENA X.

*Los mismos, y el ALMIRANTE.**Almir.* Dadme albricias, Senador.
Del Monarca he conseguido
vuestra libertad, y ahora
vengo tambien á deciros
la nueva feliz....*Magn.* ¿Ha muerto
Wasá?*Almir.* ¡Ah! ¿Lo habeis sabido?
¿Quién lo duda? La ciudad
hoy se entrega al regocijo
despreciando la arrogancia
de los Suecos.*Blanca.* ¡Qué martirio!*Almir.* Y vos venid, Blanca hermosa,
al altar. En este sitio
quiero que se verifique
nuestra union.*Blanca.* ¡Cómo! ¿Ahora mismo? (*Turbada.*)*Almir.* En la capilla inmediata
todo se halla prevenido

para un acto tan solemne.

Blanca. (¡Santo Dios! Si le he perdido
¿qué debo hacer? ¿Y mi padre?
¿Y su vida? ¡Ah! No resisto.)
Vamos pues.

Almir. Me haceis dichoso ,
(*Tomando á Blanca la mano.*)
y vos lo sereis conmigo.

Blanca. (¡Dichosa! ¡Ah!)
(*Al entrar por la puerta del fondo.*)

Magn. ¡Infeliz ;
Yo soy quien la sacrifico.

ESCENA XI.

MAGNUS.

No iré con ella al altar ,
que no quiero ser testigo
de esa boda. ¡Pobre niña!
Tus inocentes delirios ,
y doradas ilusiones
destruye fatal destino.
Amaba á Gustavo..... ¡Cielos!
Si antes lo hubiera sabido.....
y ha muerto el héroe de Suecia ,
que generoso y altivo
vencer supo en las batallas
y perdonar al rendido !
¡Desgraciados Suecos! ¡Quién
osará romper los grillos
con que os oprime el tirano!

ESCENA XII.

MAGNUS, y un OFICIAL.

Ofic. ¡Traicion! ¡Traicion! (*Agitado.*)
Magn. ¿Qué ha ocurrido?
Ofic. Los rebeldes han entrado
en Stokolmo.
Magn. ¡Dios mío!
Ofic. ¿Dónde se halla el Almirante?
sin duda también ha huido

como el Rey.

Magn. Pero..... no ha muerto
Gustavo?

Ofic. No tal, ha sido
una infame estratagema.

Magn. ¡Santo cielo! ¿Qué habeis dicho?

(*Suenan tiros, campanas, y varios instrumentos de guerra.*)

Ofic. ¿No ois? Tocan á rebato
las campanas, suenan tiros.....

Magn. Pero como.....

Ofic. Los parciales
de Wasa nos han vendido;
de la ciudad le han abierto
las puertas.

Magn. Corred, amigo,
todavía será tiempo,
corred, corred á decirlo
al Almirante.

Ofic. Y donde.....

Magn. En la capilla. Yo mismo
(*Retrocede al ver al Almirante, y Blanca.*)
iré. ¡Gran Dios! Ellos salen.
Ya es tarde. ¡Ah! ¡La he perdido!

ESCENA XIII.

Dichos, BLANCA et ALMIRANTE, y varios nobles.

Ofic. Huid, señor al momento,
Stokolmo se ha rendido
á los rebeldes, Gustavo
triunfante.....

Blanca. (¡Qué oigo!)

Almir. ¡Maldito!
¿No ha muerto? ¿Y ese alboroto?.....
(*Se oye otra vez el anterior estrépito.*)

Ofic. Le causan los enemigos
y algunas de nuestras tropas
que rendirse no han querido
al usurpador.

Almir. ¡Mis bravos!

Todavía desafío
su poder.
(*Saca el acero, los nobles le imitan.*)

Ofic. Pensais.....
Almir. Seguidme.
 ¿Y Cristián?

Ofic. Huyó.
Almir. ¡Cobarde!
 Hoy la corona conquisto.
(Se va por la puerta de la derecha: los nobles le siguen.)

ESCENA XIV.

MAGNUS] y BLANCA.

Blanca. ¡Padre! ¡Padre!

Magn. ¡Desgraciada! *(Aterrado.)*

Blanca. ¿Será realidad ó sueño
 lo que escuché? Repetidme,
 repetidme que no ha muerto.

Magn. ¿Qué dices Blanca? *(Dudando.)*

Blanca. ¿Es posible
 qué os gocéis en mi tormento?
 Acabad.

Magn. ¡Qué duda!
 Acaso.....

Blanca. Aun soy libre.

Magn. ¡Justo cielo! *(Arrojándose en sus brazos.)*

Blanca. Suspendió la ceremonia
 ese rumor.

Magn. ¡Y no muero
 de alegría!

Blanca. ¡Padre mío!

Magn. Pero otra vez se oye el trueno
 del cañon.

Blanca. Esta ventana.....
(Abriendo la de la derecha.)

Magn. ¡Ah! Sí, desde ella podemos
 ser testigos del combate.

Blanca. ¡Me falta el valor! ¡Qué veo!
(Asomada á la ventana.)

Ya Norbí se une á los suyos,
 les infunde nuevo aliento.....

¡Cómo pelean!.... Rechazan
 los de Gustavo..... ¡Cielos!
 Si muriese en la batalla.....

Magn. Retírate. (*Blanca se separa de la ventana.*)

Blanca. ¿Ese silencio
qué rebela?

Magn. Nada escucho;
y las nubes de humo denso
que se levantan me impiden
distinguir.....

Blanca. Si hora le pierdo.....

¡No le abandoneis Dios mío!

¡Oid por piedad mis ruegos!

(*Blanca se prosterna delante de la ventana,
y queda por un momento en silencio la escena.*)

Magn. Ese tropel. ...

Blanca. ¡Gran Dios! (*Levantándose azorada.*)

Magn. ¡El Almirante! (*Petrificado al verle.*)

¡Ha vencido quizá!

ESCENA XV.

LOS MISMOS y EL ALMIRANTE . y varios
Nobles con las espadas desnudas.

Almir. Seguidme todos,
no debemos perder un solo instante.
¿Si alcanzar la victoria no pudimos,
qué nos resta? Decid: huir tan solo,
pues ya como valientes combatimos.
Por esta puerta que á la playa guía (*La del fondo.*)
La vida salvaremos. Ven hermosa!
Nos espera una nave, y serás mía.

Blanca. ¿Yo? Quereis...

Magn. (¡Cuanto tardan!)

(*Impaciente mirando á la ventana.*)

Almir. Vamos pronto.

(*Toma á Blanca de la mano, y ella le rechaza.*)

Blanca. Seguiros, no, ¡jamás! Sabed ahora
el secreto que siempre os he ocultado.
Adoro á Wasa, y el tambien me adora.

Almir. (*Ciego de cólera.*)

¡Qué escucho! ¡Ah! No importa; aun te encuentras
en mi poder. Seguidme.

(*Quiere arrastrar á Blanca hacia la puerta del
fondo, y aparece en ella Gustavo y sus soldados.*)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, GUSTAVO, *Nobles, soldados.*

Detenéos.

(*Los soldados se apoderan de los nobles y del Almirante, que retroceden aterrados.*)

Blanca. ¡Gustavo! (*Arrojándose en sus brazos.*)

Gust. ¡Blanca!

Almir. (¡Oh!) (*Con el acceso de la desesperacion.*)

Gust. Muere, cobarde
(*Se dirige con el acero desnudo á herir al Almirante, y Blanca se coloca entre ambos.*)

Blanca. Te pido su perdon. Sé generoso.

Gust. Sí, dices bien. Gustavo no hizo alarde
de asesino jamás.

Mag. Yá soy dichoso.

Blanca. ¡Es sueño, ó realidad! De gozo henchido
quiere mi corazon saltar del pecho.

Gust. Con mi espada, y tu amor es, Blanca mia,
á mi ardiente ambicion el mundo estrecho.
¿Por complacerte, hermosa, que no haria?
Hasta la azul esfera
dó nace y muere el sol mi altivo vuelo
remontára quizás, y con sus rayos
tu corona tegiera
sirviéndote de trono el mismo cielo.

ESCENA ULTIMA.

Los mismos y Pueblo.

Pueblo. ¡Viva el libertador de Suecia!

Otros. ¡Viva Gustavo primero!

Gust. ¡Ciudadanos! Admito la corona
que me ofreceis. No ignoro lo que debo
al pueblo que su rey hacerme plugó,
y aquel que de las leyes no es esclavo
lójos de ser su padre es su verdugo.
¡Viva la libertad!

Todos. ¡Viva Gustavo!

(*Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.



